

EUROPA EN CRISIS, 1919-1939

LECTURA 8

Mercedes Cabrera, Santos Juliá,
Pablo Martín Aceña (Comps.)

Lectura 3B. Juan J. Linz, "La crisis de las democracias", en VVAA, Europa en crisis, Pablo Iglesias, Madrid, 1991, pp. 231-280

10. LA CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS

JUAN J. LINZ

INTRODUCCION

Hace quince años escribí un libro sobre la quiebra de las democracias y no me es fácil volver sobre el tema, sobre todo en este momento en que vivimos la quiebra de toda clase de regímenes no democráticos y que no es imposible que todos los países de Europa puedan llegar a ser democracias. No me es fácil porque no quiero presentar aquí un resumen de mi libro y porque tampoco tengo ninguna necesidad intelectual de revisar mi análisis. Desde que se publicó en 1978, no se han producido quiebras significativas de los regímenes democráticos entonces existentes que lo exijan¹.

Quisiera ahora plantearme el tema desde una perspectiva más amplia, quizá porque estamos entrando en la última década de un siglo que ha presenciado la expansión de la democracia a países que en 1900 no existían o sólo excepcionalmente eran democracias, y en Europa Estados de derecho liberales en vías de democratización². Un siglo que también ha asistido a la crisis y quiebra de

Juan José Linz, catedrático de Sociología de la Universidad de Yale. Entre sus muchas obras, pueden citarse traducidas al castellano *Los partidos políticos en España*, y *La quiebra de las democracias*, traducción del prólogo al libro editado con A. Stepan *Breakdown of Democratic Regimes* (Baltimore 1978).

¹ Juan J. Linz, *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1987, traducción castellana de *Crisis, Breakdown, and Reequilibration*, vol. I, de la obra dirigida por J. J. Linz y Alfred Stepan, *Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, 4 vols., vol. 1 la introducción teórica; II, *Europa*; III *América Latina*; IV *Chile* (por Arturo Valenzuela). Los ensayos sobre los casos alemán, italiano y español del vol. II se han publicado en italiano en J. J. Linz, P. Farneti y R. Lepsius, *La caduta dei regimi democratici*, Bolonia, Il Mulino, 1981.

² *The Emergence of Democracy. A Comparative Study of 119 States. 1850-1979*. Commentationes Scientiarum Socialium, vol. 24, Helsinki, The Finnish Society of Sciences and Letters, 1984; Goran Therborn, «The Rule of Capital and the Rise of Democracy», *New Left Review*, mayo-junio 1977, 103, pp. 3-41; John Stephens, «Democratic Transition and Breakdown in Europe, 1870-1939: A Test of the Moore Thesis», *Kellogg Institute Working Paper*, n.º. 101, noviembre 1987.

bastantes de esas democracias, las europeas en su primera mitad y las no europeas sobre todo en las décadas que siguieron a la II Guerra Mundial. La perspectiva que nuestro propio tiempo nos da puede ser útil para situar el tema de la crisis y quiebra de las democracias en su contexto histórico, y la nueva hegemonía del ideal democrático puede ayudarnos a entender mejor la crisis de las democracias en un pasado no tan remoto. Por otra parte, ese análisis aunque no ponga en duda nuestro optimismo democrático de 1990, nos invita a una cierta cautela y a pensar sobre cómo las nuevas democracias pueden consolidarse a la vista de la experiencia pasada.

En el ciclo *Europa en crisis* la atención de un grupo distinguido de estudiosos se ha centrado en la crisis, quiebra y destrucción de las democracias en la primera mitad del siglo. No podemos, sin embargo, caer en el error de ignorar que muchas de las democracias europeas que existían en 1920 sobrevivieron y en varios casos se consolidaron y desarrollaron con éxito en los años veinte y treinta. Es importante recordarlo porque el análisis del éxito de esas democracias ilumina al contrario las razones de la caída de otras. La pregunta: qué hicieron esas democracias, sus instituciones y sus líderes qué características tenían esas sociedades y sus sistemas políticos que les permitieron sortear con éxito los peligros de aquel tiempo, exige respuesta en un análisis comparativo. Una respuesta que nos permitirá entender mejor qué es lo que falló en las democracias que se derrumbaron.

Si nos limitamos a Europa, ignorando por tanto la más antigua y mayor de las democracias, los Estados Unidos, y los países de la Commonwealth, nos encontramos con una serie de países con regímenes democráticos nunca interrumpidos salvo por la ocupación militar nazi. Incluso en uno de ellos, Dinamarca, se celebraron elecciones libres bajo esa ocupación³. Entre los países independientes y democráticos desde el siglo XIX, sólo en Francia la ocupación alemana trajo consigo un régimen autoritario, el de Pétain, aunque la Tercera República francesa, tan criticada por su inestabilidad gubernamental y política, sobrevivió hasta la derrota mili-

³ Henning Paulsen y Malene Djursaa, «Social Basis of Nazism in Denmark: The DNSAP», en Stein U. Larsen, Bernt Hagtvet y Jan P. Myklebust (eds.) *Who were the Fascist*, Bergen, Universitets-forlaget, 1980, pp. 702-714. En 1943 bajo la ocupación alemana el partido obtuvo un 21,3% de los votos y en 1935 había logrado un 0,99% y en 1939 un 1,83%.

tar⁴. Después de la I Guerra Mundial nacieron una serie de nuevos Estados de los cuales sólo sobrevivieron la crisis Finlandia (que tenía una gran tradición democrática ya bajo el zarismo, con voto femenino y el mayor partido socialista en términos electorales y de representación parlamentaria) e Irlanda. Podría añadirse Checoslovaquia, donde la presión y la ingerencia exterior destruyeron la democracia y el Estado, aunque no hay que olvidar la secesión eslovaca y los conflictos entre nacionalidades que contribuyeron a su debilidad internacional. Entre los nuevos países están Polonia, Yugoslavia y las tres repúblicas bálticas cuyas democracias no resisten la crisis. Polonia se forma con territorios que habían sido parte del Imperio alemán, de la Rusia zarista y del Imperio austro-húngaro, cada uno de los cuales tenía sus tradiciones políticas, líderes e incluso partidos propios. Estos complejos antecedentes históricos crearon las dificultades políticas que llevaron al golpe de Pilsudski en 1926 y después a una lenta pero continua transición a un régimen autoritario⁵.

Frente a los nueve Estados cuya independencia es secular o al menos data de la primera mitad del siglo XIX y que no experimentan una quiebra de la democracia, nos encontramos con otros países que no lograrían consolidar un régimen democrático, aunque algunos tuvieron una vieja tradición constitucional y liberal desde el siglo XIX. Entre ellos se encuentran tres del sur de Europa: España, Italia y Portugal. En los tres, la evolución hacia la democracia estable que parecía en marcha, queda truncada con an-

⁴ Robert O. Paxton, *Vichy France. Old Guard and New Order, 1940-1944*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1972 [*La Francia de Vichy*, Noguer, 1974] Stanley Hoffmann, *Decline or Renewal? France since the 1930s*, Nueva York, The Viking Press, 1974, Capítulo 1: «The Vichy Circle of French Conservatives», pp. 3-25.

⁵ John Coakley, «Political Succession and Regime Change in the New States in inter-war Europe: Ireland, Czechoslovakia and the Baltic Republics», *European Journal of Political Research*, 1986, 4, 1-2, pp. 187-206. Para el caso finlandés, ver Risto Alspuro y Erik Allardt, «The Lapus Movement. The Threat of Rightist-Takeover in Finland, 1930-1932», en J. Linz y A. Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, op. cit., vol. 2, pp. 122-141.

Joseph Rothschild, *Pilsudski's Coup d'Etat*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1966; Edward D. Wynot, Jr., *Polish Politics in Transition*, Athens, GA., 1974; Jerzy W. Borejaza, «East European Perceptions of Italian Fascism», en S.M. Larsen et al. (eds.), *Who were the Fascists*, op. cit., pp. 354-366, véase pp. 354-359 sobre la posición de Pilsudski hostil al fascismo italiano.

terioridad a la gran depresión de 1929. Otros tres países que como consecuencia de la guerra mundial experimentaron cambios significativos en sus fronteras, Grecia, Bulgaria y Rumania, también tendrán regímenes autoritarios en los años de entre las dos guerras.

Sin embargo, los países que sufren la crisis más profunda de sus instituciones políticas son los imperios derrotados en la I Guerra Mundial. Primero Rusia, que tras un intento de instauración de la democracia y la convocatoria de una asamblea constituyente libremente elegida después de la Revolución de Febrero, cae en octubre víctima de la toma del poder por los bolcheviques⁶. Es importante subrayar que la primera democracia que fracasa en una posguerra en la que todo el mundo esperaba que viniera una era democrática fuera Rusia, con el asalto al Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional de Kerensky. Sería interesante discutir a fondo si la consolidación no fue posible y en qué medida los errores de los políticos demócratas contribuyeron a su caída. Pero hay otro factor decisivo: la desintegración del imperio multinacional de los zares, con la independencia de Finlandia, las repúblicas bálticas, Polonia y los intentos de independencia ucraniana, georgiana, etc. El segundo imperio derrotado es el otomano, derrota que lleva a la creación de un nuevo Estado nacional, Turquía, cuya institucionalización democrática se ve abortada en los años veinte con el establecimiento de la dictadura Atatürk en un proceso de consolidación y modernización nacional. El nuevo régimen nunca toma la forma fascista sino que retiene como ideal la democracia y una constitución formalmente democrática que le permite en 1947 hacer la transición a una democracia desgraciadamente no muy estable⁷. El tercer imperio derrotado es el austro-húngaro, del que nacen dos nuevos Estados nación amputados: Austria y Hungría. El primero había perdido sus territorios con población no germánica, y un sector importante de la

⁶ Oliver H. Radkey, *The Election to the Russian Constituent Assembly of 1917*, Cambridge, Harvard University Press, 1950; Leonard Shapiro, 1917. *The Russian Revolution and the Origins of Present-Day Communism*, Hounslow, Middlesex, Maurice Temple Smith, Ltd. 1984, R.P. Browder y Alexander F. Kerensky, *The Russian Provisional Government, 1917*, Stanford, Stanford University Press, 1961.

⁷ Richard D. Robinson, *The First Turkish Republic. A Case Study in National Development*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1963; Ali Kazancigil y Ergun Özbudun, *Atatürk: Founder of a Modern State*, Hamden, CT, Archon Books, 1981; Walter F. Weiker, *Political Tutelage and Democracy in Turkey. The Free Party and its Aftermath*, Leiden E.J. Brill, 1973.

sociedad no creía que tuviera razón de ser un país independiente y se declaraba por la unión con Alemania que los vencedores impedirían⁸. Hungría, que había perdido gran parte de sus territorios, es el único país europeo en el que una revolución comunista consigue establecerse en el poder de marzo a agosto de 1919 para verse derrotada por una contrarrevolución con apoyo exterior⁹. El Imperio alemán, creado en 1870, con la derrota y una crisis revolucionaria, acaba consolidando una democracia cuya crisis en los años treinta es el caso paradigmático en el estudio de la quiebra de las democracias.

Cuadro 1. Estados Europeos, la I Guerra Mundial y la democracia

	Estados anteriores a la I Guerra Mundial	Estados que logran su independencia después de la guerra	Imperios derrotados y sus Estados sucesores
Democracias estables	Reino Unido (v) Suiza (n) Dinamarca (n) Suecia (n) Noruega (n) Holanda (n) Luxemburgo (n) Bélgica (v) Francia (v) (hasta 1940) (9)	Finlandia Checoslovaquia (v) Irlanda (3)	(12)
Democracias en quiebra o «frustradas»	Italia (v) España (n) Portugal (v) Bulgaria (d) Rumania (v) Grecia (v-d) (6) 15	Polonia (v) Yugoslavia (v) Lituania Letonia Estonia (5) 8	Rusia-URSS (d) Turquía (d) Hungría (d) Austria (d) Alemania (d) (5) (16) (28)

n = neutrales

v = vencedores

d = derrotados

⁸ Walter B. Simon, «Democracy in the Shadow of Imposed Sovereignty: The First Republic of Austria», en J. J. Linz y A. Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, op. cit., vol. 2, pp. 80-121. Para una discusión de la crisis de la República austriaca y los debates sobre el tipo de sistema político en los años treinta, ver Gerhard Botz, *Gewalt in der Politik. Attentate, Zusammenstöße, Putschversuche, Unruhen in Österreich 1918-1938*, Munich, Wilhelm Fink, 1983, con referencias bibliográficas en las notas de pie de página; Walter Simon, *Österreich 1918-1938. Ideologien und Politik*, Viena, Bohlau, 1984.

⁹ Para la historia de la política húngara en el periodo entre las dos guerras, la revolución comunista, la semidemocracia (o pseudodemocracia) o autoritarismo liberal,

De esta simple enumeración podemos deducir una serie de conclusiones que ponen en duda muchas de las interpretaciones vigentes sobre la crisis de las democracias europeas:

1. De los países democráticos o al menos semidemocráticos, si tenemos en cuenta la ampliación del sufragio en torno a la I Guerra Mundial, cuyas fronteras no experimentan modificación importante en 1918 y que fueron neutrales en la guerra o estuvieron en el bando vencedor, sólo Italia, España y Francia (después de la derrota en 1940) tienen un régimen autoritario.

2. De los ocho nuevos países con instituciones democráticas nacidos en los años de la posguerra, sólo dos consiguen consolidar plenamente su democracia (Finlandia e Irlanda), aunque se les podría sumar Checoslovaquia y por bastante tiempo los países bálticos. De esos ocho países, cinco tienen que luchar para defender su independencia frente a la Unión Soviética, y en cuatro de ellos esa lucha va unida a una defensa de la democracia burguesa frente a intentos revolucionarios comunistas. Todos esos nuevos Estados, con la excepción de Irlanda, son multiétnicos y seis de ellos con minorías secesionistas o irredentistas.

3. En cuatro países del sur de Europa, España, Grecia, Italia y Portugal, la evolución de un régimen constitucional liberal más o menos oligárquico a la democracia se ve interrumpido. En tres de ellos se producirá en esas décadas una transición de la monarquía a la república que a muchos parecía necesaria para lograr la transición a la democracia. Con la excepción parcial de Italia, junto a una serie de países en el este de Europa, son los más agrarios y subdesarrollados de Europa.

4. Son los cuatro imperios derrotados, tres de ellos multinacionales, en los que la transición a la democracia coincide con la caída de sus monarquías, los que experimentan procesos revolucionarios que consiguen el poder permanentemente en la Unión Soviética y temporalmente en Hungría. Si consideramos a Turquía como país europeo, habría que sumar esta nación que nace de la desintegración del Imperio otomano a esta lista. En ella figura también el Imperio alemán, aunque la nación alemana no sufriera tanto una crisis de identidad como la que atravesaron los otros países herederos de una tradición imperial.

los movimientos fascistas, véase el excelente libro de Andrew C. Janos, *The Politics of Backwardness in Hungary 1825-1945*, Princeton Univ. Press, 1982.

5. Finalmente, tenemos un pequeño grupo de países balcánicos en los que la democracia no llega a consolidarse en esas décadas. Bulgaria, otro de los derrotados en la guerra que había perdido partes significativas de su territorio, y Rumania, cuya crisis se producirá en los años treinta, que había figurado en el bando vencedor¹⁰.

6. Dada la importancia que la I Guerra Mundial tiene para el desarrollo europeo de esas décadas, hay que subrayar que los países que permanecieron neutrales, con la excepción de España, consolidaron su proceso democrático. Entre los vencedores sólo en Italia, Rumania y Portugal, cuya participación en la guerra fue mínima, la democracia experimentó una quiebra. Aunque Grecia estuviera en el bando vencedor, fue derrotada en la guerra con Turquía, lo que provocó la expulsión de cientos de miles de griegos que crearon un serio problema de integración nacional¹¹. Finalmente, en los países derrotados y castigados en los tratados de paz, Alemania, Austria, Hungría, Turquía y Bulgaria, la crisis de las democracias fue especialmente aguda. Es importante recordar cómo la sombra de la guerra mundial cae sobre la Europa llena de esperanza de paz y estabilidad y como veremos más tarde, es difícil entender el éxito de los nacionalismos autoritarios y los movimientos fascistas sin esa referencia.

7. Entre las democracias estables de entreguerra figuran los países económicamente más desarrollados y capitalistas: el Reino Unido, Suiza, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, las monarquías nórdicas, e incluso Francia hasta 1940. Sólo Alemania, Austria y en

¹⁰ Henry L. Robert, *Rumania. Political Problems of an Agrarian State*, New Haven, Yale Univ. Press, 1951; Andrew C. Janos, «Modernization and Decay in Historical Perspective: The Case of Rumania», en Kenneth Jowitt (ed.), *Social Change in Rumania 1860-1940. A Debate on Development in an European Nation*, Berkeley: Institute of International Studies, University of California, 1978, pp. 72-116, especialmente pp. 102-116, p. 109 para la composición social de los legionarios; Mattei Dogan, «Rumania, 1919-1938. A Democratic Imitation», en Myron Weiner y Ergun Özbudun (ed.) *Competitive Elections in Developing Countries*, Chapel Hill, N.C., Duke Univ. Press, 1987, pp. 368-389.

¹¹ George Th. Mavrogordatos, *Stillborn Republic: Social Coalitions and Party Strategies in Greece, 1922-1936*, Berkeley, University of California Press, 1983, Stephen F. Ladas, *The Exchange of Minorities: Bulgaria, Greece and Turkey*, Nueva York, Macmillan, 1932. Dimitri Pentzopoulos, *The Balcan Exchange of Minorities and its Impact upon Greece*, La Haya, Mouton, 1962.

menor medida Italia pueden compararse en desarrollo económico capitalista a los países de esa lista. Este dato debe hacer pensar a los que identifican la crisis de la democracia con la crisis del capitalismo, punto sobre el que volveremos más tarde.

8. La crisis de las democracias no hace distinciones entre monarquías y repúblicas. Entre las democracias estables están la monarquía británica, las tres del Benelux y las tres nórdicas, pero también las repúblicas suiza y francesa, Finlandia, Irlanda y Checoslovaquia. Entre las monarquías que caen ante movimientos o golpes autoritarios están Italia, España, Grecia, Bulgaria, Rumania y Yugoslavia, acompañadas por las repúblicas rusa, turca, polaca, alemana, austriaca y las tres bálticas.

Este rápido viaje por el mapa político europeo refleja lo complejo del tema de la crisis y quiebra de las democracias en la Europa de entreguerras. Ciertamente, la identidad nacional definida y las fronteras históricas estables son dos de los factores más

Cuadro 2. Estabilidad democrática de monarquías y repúblicas entre las dos guerras mundiales

	Monarquías	Repúblicas	
Estables	Reino Unido	Suiza	(12)
	Dinamarca	Finlandia	
	Suecia	Checoslovaquia	
	Noruega	Irlanda	
	Holanda	Francia	
	Bélgica	(hasta 1940)	
	Luxemburgo		
	(7)	(5)	
Democracias en quiebra o frustradas	Italia	Rusia (URSS)	(17)
	España (1923)	Turquía	
	Yugoslavia	Polonia	
	Rumania	Hungría	
	Bulgaria	Portugal	
	Grecia	Alemania	
		Austria	
		Lituania	
		Letonia	
		Estonia	
	(6)	España (1936)	
		(11)	
	13	16	29

importantes de la estabilidad democrática. También lo es el haber estado en el bando vencedor, con la notable excepción de Italia, y las de Yugoslavia, Polonia y Rumania. La neutralidad también contribuyó a la continuada evolución democrática, excepto en el caso de España, aunque hay que tener en cuenta el impacto de la guerra de Marruecos en la crisis de los años veinte.

LOS CONFLICTOS IDEOLÓGICOS Y LA CRISIS: REVOLUCIONES FRACASADAS Y FASCISMO

Las democracias estables se caracterizan sin excepción por la ausencia de intentos revolucionarios violentos y, en los años treinta, por la relativa debilidad de sus partidos comunistas¹². Salvo en el caso de Noruega, se caracterizan también por la importancia de partidos socialdemócratas o laboristas sin ideología maximalista y casi todos sin ideología marxista. Aunque las revoluciones marxistas y comunistas no llevan más que a la caída de una democracia enormemente débil y en tiempo de guerra, la rusa, y temporalmente la húngara, los intentos revolucionarios en Alemania¹³ y el radicalismo del movimiento obrero en Italia¹⁴, España y en menor medida Austria, contribuyen a la crisis de su evolución democrática. Lo mismo sucede en los países fronterizos con la Unión Soviética: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania e indirectamente Polonia. Aunque el movimiento fascista nacido en Italia y que en mayor o menor medida se extiende a otros países europeos, contribuye a la caída de la democracia en Austria y Alemania y decisivamente a la crisis en España, Rumania y Hungría en los años treinta, para comprender la crisis de la democracia en Europa no podemos ignorar el impacto de la Revolución Rusa y el atractivo del leninismo incluso entre partidos

¹² Thomas T. Hammond y Robert Farrelly, *Anatomy of Communist Takeovers*, New Haven, Yale University Press, 1975.

¹³ Werner F. Angress, *Stilborn Revolution. The Communist Bid for Power in Germany, 1921-1923*, Princeton, N.J., Princeton Univ. Press, 1963; Allan Mitchell, *Revolution in Bavaria, 1918-1919, The Eisner Regime and the Soviet Republic*, Princeton, N.J., Princeton Univ. Press, 1965.

¹⁴ Véase Orazio Niceforo, «1917: I Socialisti italiani e la rivoluzione russa», *Mondo-peraio*, octubre 1987, pp. 98-106.

socialistas que finalmente no se identifican con el modelo soviético, como el italiano.

La crisis del stalinismo primero y del modelo soviético más recientemente, ha eliminado una de las amenazas latentes para la democracia, tanto como inspiración para movimientos revolucionarios como generador de miedo para la sociedad burguesa capitalista ante una posible, real o ficticia amenaza comunista. Sin la victoria de Lenin en San Petersburgo, la historia de la democracia en Europa y después en el mundo hubiera sido bastante distinta, así como también la del socialismo democrático.

Al hablar de las amenazas ideológicas a la democracia pensamos inmediatamente en el fascismo. Recordemos que Nolte llamó a este periodo de entreguerras la época del fascismo¹⁵. Gran parte del esfuerzo teórico sobre las crisis de las democracias, sobre todo desde un punto de vista marxista, se ha centrado en los orígenes del fascismo y las condiciones de su éxito. Sin embargo, si utilizamos el término fascista en un sentido restringido para referirnos a los movimientos políticos inspirados en una ideología y concepción del Estado y la sociedad fascista, el fascismo fue tan solo uno de los factores en la crisis de las democracias. En la mayoría de las democracias estables los movimientos fascistas apenas tuvieron seguidores; sus votos no excedieron el 15%, y bastantes de las democracias que sucumbieron entre las dos guerras no tenían movimientos fascistas dignos de atención. Es importante subrayar que los movimientos fascistas sólo llegaron al poder por sus propios medios y no gracias a la ocupación militar alemana en Italia, Alemania y Rumania, y que compartían el poder con otras fuerzas antidemocráticas en Austria, España y Hungría. Es más, una serie de regímenes autoritarios europeos de entreguerras marginaron e incluso persiguieron a los movimien-

¹⁵ Stanley G. Payne, *Fascism. Comparison and Definition*. Madison, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1980 [*El fascismo*, Madrid, Alianza, 1986]. Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, Munich, 1963. R. Piper [*El fascismo en su época*, Barcelona, ED 62, 1967]. A. James Gregor, *Interpretations of Fascism*, Morristown, N.J. General Learning, 1974 Buchgesellschaft, Wolfgang Wippermann, *Faschismustheorien*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Juan L. Linz, «Some Notes toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective», en Walter Laqueur (eds.) *Fascism: A Reader's Guide*, Londres, Wildwood House, 1976, pp. 3-121, y «Political Space and Fascism as a Late-Comer», en Stein U. Larsen, Bernt Hagtvet y Jan Peter Myklebust (eds.), *Who were the Fascists*, op. cit., pp. 153-189.

Cuadro 3. Máximo voto fascista y comunista en elecciones «razonablemente» libres antes y después de 1929

	Fascista		Comunista	
Alemania	6,5	(1924)	12,6	(mayo 1924)
antes de 1929			13,1	(sept. 1930)
después de 1929	37,4	(julio 1932)	16,7	(nov. 1932)
Italia	19,1	(1921)	4,6	(1921)
Rumania	15,6	(1937)	fuera de la ley	
Hungría	25,0	(1939)	fuera de la ley	
Finlandia	8,3	(1936)	fuera de la ley	
Bélgica	10,4	(1936)	1,9	(1929)
			6,1	(1936)
Holanda	7,9	(1936)	2,3	(1918)
			3,3	(1939)
Noruega			6,1	(1928)
	2,2	(1933)	1,8	(1933)
Dinamarca	1,8	(1939)	0,5	(1924)
			2,4	(1939)
Suecia	0,7	(1936)	6,4	(1928)
			8,3	(1933)
Suiza	1,5	(1936)	2,0	(1925)
			2,6	(1936)
España	0,7	(1936)		
Francia			11,3	(1928)
			15,3	(1936)
Reino Unido			,3	(1924)

tos fascistas: Portugal con Salazar¹⁶, la dictadura real del rey Carol en Rumania que incluso asesinó al líder de la Guardia de Hierro¹⁷ y los tres países bálticos donde ante la amenaza fascista, líderes de partidos democráticos establecen desde el poder regí-

¹⁶ Sobre el régimen portugués, ver Antonio Costa Pinto, «O Salazarismo e o Fascismo Europeu. Os Primeiros Debates nas Ciências Sociais», en AAVV, *Salazar e o Salazarismo*, Lisboa, Dom Quixote, 1989, pp. 151-188. Este artículo es un excelente análisis de las distintas interpretaciones y una guía bibliográfica valiosísima.

João Medina, *Salazar e os fascistas. Salazarismo e Nacional-Sindicalismo. A história dum conflito 1932-1935*, Lisboa, Bertrand, 1978.

¹⁷ Nicholas M. Nagy-Talavera, *The Green Shirts and the Others. A History of Fascism in Hungary and Rumania*, Stanford, Hoover Institution, 1970.

menes autoritarios¹⁸. No quiere decir esto que el éxito de Mussolini no tuviera un impacto en otras tendencias autoritarias, sobre todo en el este de Europa, los Balcanes y la península Ibérica. Lo que quiero observar es que la importancia del fascismo en la historia política de Italia y el enorme y trágico éxito de Hitler no debe hacer que el problema de la crisis de las democracias se interprete desde la perspectiva de la amenaza fascista.

Otra perspectiva que domina gran parte de la literatura, sobre todo la marxista, es el énfasis en la crisis económica, la gran depresión de 1929 y sus secuelas. Ante esta perspectiva hay que subrayar dos hechos básicos: en una serie de democracias las soluciones autoritarias se impusieron con anterioridad a la crisis de 1929. El caso más obvio es el de Italia y la Marcha sobre Roma. La crisis de la democracia en Turquía, Polonia, Bulgaria, España en 1923, Portugal en 1926 precede a la Gran Depresión. Más tarde analizaremos haciendo referencia a los excelentes estudios de Ekkart Zimmermann el impacto de la Gran Depresión en las economías y la sociedad de una serie de países industriales y capitalistas europeos¹⁹. La depresión, que indudablemente contribuyó a la caída de la de-

¹⁸ Para los países bálticos, véase Georg von Rauch, *The Baltic States. The Years of Independence. Estonia, Latvia, Lithuania, 1917-1940*, Londres, C. Hurst & Co., 1974; «Zur Krise des Parlamentarismus in Estland und Lettland in den 30er Jahren», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Krise des Parlamentarismus in Ostmitteleuropa zwischen den beiden Weltkriegen*, Marburg/Lahn, J.G. Herder Institut, 1967, pp. 135-155; Tõnu Parming, *The Collapse of Liberal Democracy and the Rise of Authoritarianism in Estonia*, Londres, Sage, 1975; Jürgen von Hehn, *Lettland zwischen Demokratie und Diktatur*, Munich, Isar Verlag, 1957. Leonas Saballunas, *Lithuania 1936-1940*, Bloomington, Ind., 1972. R. Teagepera, «Civic Culture and Authoritarianisms in the Baltic States, 1930-1940», *East European Quarterly*, 1974, pp. 407-412.

¹⁹ Ekkart Zimmermann, «The 1930's World Economic Crisis in Six European Countries: A First Report on Causes of Political Instability and Reactions to Crisis», en Paul M. Johnson, William R. Thompson (ed.), *Rhythms in Politics and Economics*, Nueva York, Praeger, 1985, pp. 84-127; «Unemployment in the 1930s: Neo-Mercantilism, Markets and Politics», trabajo presentado en la reunión del European Consortium for Political Research, Amsterdam, 1987; «Interest Groups, Political Parties and Extremist Challenges in the Process of National Consensus Formation: On Assessing the Political Effects of the Great Depression in Eight Countries», trabajo presentado en el Congreso Internacional de Ciencia Política, Washington, 1988; E. Zimmermann y Thomas Saalfeldt, «Economic and Political Reactions to the World Economic Crisis of the 1930s in Six European countries», *International Studies Quarterly*, 1988, 32, pp. 305-334.

mocracia en Alemania, Austria y en menor medida a la de España en 1936, no produjo el mismo impacto en gran número de países, en algunos de los cuales las cifras de paro superaron las alemanas. Esto no quiere decir que los factores económicos no tuvieran mucho que ver con la crisis de las democracias, pero es necesario analizar esa crisis económica en cada uno de los países teniendo en cuenta las especiales circunstancias de países derrotados, amputados de gran parte de sus territorios, con sus economías afectadas por la guerra y por esa misma amputación, que no son resultado de la crisis del capitalismo de los años treinta. Quizá fuera más fácil relacionar la crisis con los problemas del subdesarrollo económico. No es un azar que el trabajo de Franz Borkenau publicado en una revista alemana poco después del ascenso al poder de Hitler²⁰, argumentara que las soluciones autoritarias eran la respuesta a los problemas de un desarrollo tardío y que por ello no era de esperar una dictadura fascista en un país como Alemania.

No podemos entrar aquí en un análisis muy influyente de Barrington Moore, Jr. del impacto de las estructuras agrarias y el papel de la gran propiedad y sus coaliciones —en torno al proteccionismo— con la gran industria como obstáculo a la democratización en el siglo XIX. El papel de los *junkers* ocupa un lugar central en esa teoría, que se ha aplicado también a Italia y al Imperio austro-húngaro. Desde esa perspectiva, la democratización en torno o después de la guerra mundial encuentra la hostilidad de esos sectores —en el caso alemán representados por el ejército y la alta burocracia— lo que facilita la búsqueda de soluciones autoritarias.

Dietrich Rueschemeyer, Evelyne Huber y John Stephens han desarrollado este argumento para explicar la crisis de las democracias en los años veinte y treinta en los casos de Italia, Alemania, Austria y España²¹. Sin negar un papel a la gran propiedad en la crisis de esas democracias, creemos erróneo asignarle un papel decisivo —excepto quizás en el caso de las intrigas en torno a Hindenburg contra

²⁰ Franz Borkenau, «Zur Soziologie des Faschismus», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, febrero 1933, 68, 5, reimpresso en Ernst Nolte (ed.), *Theorien über den Faschismus*, Colonia, Kiepenheuer u. Witsch, 1967, pp. 156-181.

²¹ Dietrich Rueschemeyer, Evelyne Huber Stephens y John D. Stephens, *Capitalist Development and Democracy*, trabajo de próxima publicación. John D. Stephens, «Democratic Transition and Breakdown in Western Europe, 1870-1939: A Test of the Moore Thesis», *American Journal of Sociology*, 94, 5, marzo 1989, pp. 1019-1077.

Brüning en la fase autoritaria de la República que aceleró la crisis y el vacío de poder que lleva a Hitler a la cancillería. En Italia, los latifundistas del Po unidos a un campesinado enriquecido que sufre la presión del movimiento obrero, fueron un factor importante en el fascismo, pero la incapacidad para constituir, por otras razones, una coalición de fuerzas democráticas a tiempo entre *popolari* y socialistas, el fraccionamiento entre intervencionistas y los opuestos a la participación en la guerra, la división del movimiento obrero, tienen en mi opinión mayor importancia. En el caso español, los latifundistas ciertamente apoyan el alzamiento de 1936, pero el fracaso de la *sanjurjada* que dependía más de ese sector, demuestra que hacía falta una polarización mucho mayor debida a muchos otros factores, para llegar a la guerra civil. La polarización austriaca es quizá la que menos depende del papel de una gran propiedad agraria, ya que enfrentaba al campo —incluyendo el campesinado tradicional y sectores urbanos burgueses— con un movimiento obrero reformista pero con una retórica radical.

Mientras que la gran propiedad agraria tenía un papel en Polonia aunque no lo tuvo en el golpe de Pilsudski, en Rumania y sobre todo en Hungría, la estructura agraria de Yugoslavia, Grecia y en especial de Bulgaria, con el predominio de campesinos propietarios (aunque muchas veces empobrecidos) y de los países bálticos después de las reformas agrarias que siguieron a la independencia, no encajan en el modelo de Barrington Moore de la ruta al «fascismo» (autoritarismo). Otras clases, sectores sociales y crisis están en la raíz del autoritarismo en estos países.

LEGITIMIDAD DEL ESTADO, DEL REGIMEN DEMOCRATICO Y LA CRISIS DE EFICACIA

La crisis de la democracia, como he desarrollado en mi libro, está ligada íntimamente al problema de la crisis de legitimidad y de una manera mucho menos directa, a la crisis de eficacia y efectividad de los gobiernos democráticos²². Sin una crisis de legiti-

²² Para el tema legitimidad-eficacia véase Juan J. Linz, *La quiebra de las democracias*, op. cit., pp. 36-52; y «Il Rapporto tra letittimazione ed efficacia di governo», *Mondo periaio*, marzo 1989, pp. 111-116.

midad del Estado y del sistema democrático que se extiende a sectores más amplios que los antisistema que llegan al poder con la quiebra de la democracia, ésta no se habría producido en la mayoría de los países. Ciertamente, la falta de eficacia de los gobiernos democráticos contribuyó, pero no nos engañemos, como ha demostrado Zimmermann, a que una serie de democracias que sobrevivieron la crisis no se destacaran por su gran eficacia en sus políticas sociales y económicas. No es cierto que las democracias que sobrevivieron los años treinta hubieran adoptado políticas keynesianas. En varias de ellas las soluciones fueron más políticas que de política económica.

Nuestra exploración plantea, como tema central en la explicación de la crisis de las democracias en Europa, el tema de la legitimidad del Estado como previo a la legitimidad de la democracia. Muchas de las democracias que cayeron, sobre todo en los años veinte, carecían de esa legitimidad del Estado para grandes sectores de la población a causa del carácter multiétnico de la misma, con minorías significativas que aspiraban a la independencia o que deseaban unirse a un país vecino con el que se sentían identificadas. Uno de los factores más complejos en la Europa de los años veinte es que el modelo del Estado nación no era viable en muchos países, al mismo tiempo que se había destruido la posibilidad de Estados multinacionales en los que ninguna nacionalidad fuera dominante. Sin referencia al nacionalismo no es posible entender la crisis europea, hecho que debemos recordar en este momento en el que acceden a la democracia países multinacionales en el este de Europa. Quizá el problema hoy sea menos grave porque los desplazamientos violentos de población y la destrucción de la minoría judía ha creado en muchos países Estados nación mucho más homogéneos de lo que lo fueran los Estados del este de Europa y de los Balcanes en los años veinte y treinta.

Un análisis de la crisis y quiebra de las democracias en la Europa de entreguerras, tiene que partir del hecho de que los europeos entonces tenían presentes modelos de sociedad y de sistema político alternativos a la democracia. En la década actual no existen en el mundo —con la excepción quizá del fundamentalismo islámico y de algunos movimientos radicales de tipo «fannoniano» como el Sendero Luminoso— modelos alternativos con atractivo para las élites intelectuales, la juventud y en último término las masas del mundo. Seguirá habiendo regímenes no democráticos,

dictaduras y regímenes despóticos que yo llamaría «sultanísticos», en China seguirán gobernando los comunistas, pero la gran era de las ilusiones no democráticas parece por el momento haber pasado. La crisis europea no se puede entender sin recordar que la primera mitad de este siglo era, como decía Bracher en un excelente libro, la era de las ideologías²³. La Revolución Rusa había creado la utopía comunista como alternativa al socialismo democrático. El fascismo italiano había inventado una alternativa para el nacionalismo burgués, sobre todo para las naciones proletarias, como decía Corradini, que parecía asegurar un camino más rápido a la modernidad que la democracia «formal burguesa» y «decadente».

Había otra alternativa que para muchos europeos tenía vigencia: un antiguo régimen burocrático y autoritario que no implicaba la violación de los derechos humanos adquiridos en el siglo XIX, que hemos conocido en este siglo y que podía frenar las amenazas revolucionarias que muchos asociaban con la democracia. Muchos europeos en 1920 e incluso en 1930 habían vivido los años de prosperidad y estabilidad de la Europa de preguerra, que la guerra y su secuela democrática habían alterado. La victoria de las democracias en 1918 era también la derrota de un orden social en muchos países europeos para los que la implantación de la democracia no representó un cambio positivo. Existía también otra tradición intelectual que ponía en duda el liberalismo que va unido íntimamente a la democracia: el pensamiento conservador organicista y corporativista de algunos sectores católicos, articulado en movimientos como Action Française y sobre todo en el corporativismo autoritario austriaco, español y portugués. También esa alternativa ha desaparecido del horizonte europeo al aceptar la Iglesia los valores de la libertad y la democracia, sobre todo después del Vaticano II.

Sin embargo, no debemos atribuir la crisis de las democracias entre las dos guerras exclusivamente a la crisis ideológica e inte-

²³ Sobre el clima intelectual en los años entre las dos guerras y las respuestas totalitarias y autoritarias a la crisis, ver el excelente trabajo de Karl Dietrich Bracher, *Zeit der Ideologie. Eine Geschichte des politischen Denkens im 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Deutsche Verlagsanstalt, 1982, II parte: *Zwischenkriegsjahre, Intellektuelle und Diktaturen*. Sobre la respuesta de los intelectuales italianos, franceses, ingleses y alemanes, ver Alastair Hamilton, *The Appeal of Fascism. A Study of Intellectuals and Fascism. 1919-1945*, Nueva York, Avon Books, 1971, con una introducción de Stephen Spender [*La ilusión del fascismo*, Barcelona, Caralt].

lectual, porque ésta se extendía en mayor o menor medida a toda Europa y sólo en algunos países la democracia sucumbió. La crisis de legitimidad de los Estados y de las instituciones democráticas tenía raíces ideológicas, pero también era resultado de la evolución histórica y sobre todo de la I Guerra Mundial y de su impacto en el sistema político europeo. Es en ese contexto más amplio en el que tenemos que analizar el impacto de la crisis del sistema económico capitalista en los años treinta. La crisis es, desde nuestro punto de vista, resultado de una multitud de factores que se acumulan en algunos países, que tienen una intensidad especial en otros y que, sin estar ausentes, no son suficientes para amenazar la estabilidad de otros muchos.

Hay que subrayar que cualquier análisis de la crisis en Europa y en cada uno de los países en particular debe partir de una perspectiva probabilística y no determinista²⁴. Indudablemente, las probabilidades de un derrumbamiento de las instituciones democráticas no eran las mismas en cada uno de los países. También podría concluirse, incluso de esta vista de pájaro, la necesidad de un modelo multicausal que pone en duda la existencia de factores socioeconómicos o políticos que expliquen todas las crisis. Los esfuerzos teóricos más valiosos pueden ser útiles para entender por qué las condiciones para la estabilidad democrática en algunos países eran peores que en otros, pero sería erróneo decir que hacían imposible la estabilidad democrática en todos aquellos que presentaban esa característica postulada por una determinada teoría. Otras razones a veces poco estudiadas explicarían por qué en países que no tienen las características postuladas por una teoría también se produce una crisis de la democracia. La capacidad de muchas democracias de sobrevivir y de incluso reequilibrarse después de una serie de crisis, nos lleva a lo que en otro lugar hemos llamado la artesanía (el *crafting*) o la ingeniería política, por utilizar otro símil, para lograr la supervivencia en situaciones difíciles²⁵. Es más, el es-

²⁴ Como dice Albert O. Hirschman: «Al poner excesivo énfasis en los desarrollos sistemáticos y las secuencias de los acontecimientos que rara vez se observan en la realidad, los paradigmas pueden oscurecer la percepción de lo que es probable», en «The Search for Paradigma as a Hindrance to Understanding», *World Politics*, marzo 1970, pp. 329-343.

²⁵ J. J. Linz *Democracy in the Americas. Stopping the Pendulum*, Nueva York, Holme a. Meier, pp. 41-61.

tudio de los procesos concretos en una serie de países después de la subida al poder de Hitler, demuestra que era posible reaccionar constructivamente ante la amenaza y que los partidos y los líderes democráticos pudieron impedir la quiebra. Volveremos sobre el tema al analizar lo que se ha llamado la coalición rojo-verde en los países nórdicos y el caso belga.

El hecho mismo de que la democracia sobreviviera por un periodo de tiempo una serie de crisis que parecían amenazarla profundamente, aunque acabara por sucumbir, indica que las acciones de los actores políticos más importantes tuvieron mucho que ver con la quiebra en una serie de países. Un análisis desde la perspectiva de las ciencias sociales no tiene que ser determinista, no tiene que excluir un margen más o menos grande de libertad para los actores políticos en los momentos decisivos. Un análisis más centrado en el proceso mismo de la quiebra llama la atención sobre las oportunidades perdidas, las decisiones tomadas demasiado tarde, la falta de voluntad de defender la democracia por parte de los que en principio uno podría haber esperado que la defendieran²⁶. La incompetencia, la falsa apreciación de las circunstancias, la falta de voluntad de líderes políticos, es una parte importante de la historia.

Con ello llegamos a un factor difícil de integrar en los modelos teóricos de las ciencias sociales, el factor de un liderazgo capaz de superar los condicionantes sociales, económicos y políticos. Liderazgo tanto democrático como desgraciadamente el de los enemigos de la democracia. Un historiador, Henry Turner, ha publicado recientemente un libro de lectura absorbente: qué hubiera sido la historia de Alemania y del mundo si Adolfo Hitler hubiera muerto en un accidente en 1930, cuando su coche chocó contra un camión²⁷. Es un libro cuya lectura recomiendo a todo el que piense que la historia está predeterminada. Aunque en aquella fecha ya fuera difícil pensar que la democracia podría mantenerse estable en Alemania, lo que parece más probable es que su crisis no hubiera llevado al Tercer Reich con todo lo que eso implica para la huma-

²⁶ J. J. Linz, «Il fattore tempo nei mutamenti di regime», *Teoría Política*, II, 1, 1986, pp. 3-47.

²⁷ Henry Ashby Turner, Jr., *Geissel des Jahrhunderts. Hitler und seine Hinterlassenschaft*, Berlín, Corso bei Siedler, 1989.

nidad. Sin caer en una visión histórica según la cual los grandes hombres hacen la historia, no cabe duda que la presencia de un hombre o una mujer de ciertas cualidades en el momento y en el lugar oportuno puede cambiar apreciablemente el curso de los acontecimientos. Nadie hubiera dicho en los años setenta que la transición desde el régimen a la democracia se lograría en España con más facilidad que en Portugal, y no cabe duda que la personalidad y el papel jugado por Caetano y Suárez hizo que las dos transiciones en dos países con regímenes relativamente parecidos fueran tan distintas. En ese sentido la historia de Europa entre las dos guerras tiene que hacer referencia al liderazgo de Lenin, Mussolini y Hitler, así como a la capacidad de líderes democráticos cuyos nombres no nos son tan familiares y que tuvieron un papel decisivo en sus países en el momento oportuno. Las mismas características del proceso político en las democracias, sobre todo en el periodo de entreguerras, tienden a hacer menos visible el papel de las personalidades que el de los líderes de los movimientos antidemocráticos, que en mayor o menor medida pueden calificarse de carismáticos para sus seguidores.

EL CONFLICTO RELIGIOSO Y LA CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS

No hay duda que los conflictos religiosos entre el clericalismo y anticlericalismo en torno a la secularización de las sociedades europeas, no fueron en ningún caso el determinante dominante de la quiebra de las democracias, pero tampoco hay duda que estos conflictos contribuyeran directa o indirectamente a la crisis. Dejaremos de lado de momento los conflictos étnico-culturales (como el que existía entre serbios griego ortodoxos y croatas católicos) en los cuales el factor religioso se suma a los de identidad nacional. El siglo XIX dejó una herencia de conflicto entre el liberalismo y la Iglesia, no sólo la católica sino también el calvinismo fundamentalista en Holanda; en la medida en que la democracia se identificaba con los valores liberales, entraba en conflicto con la Iglesia.

Sin embargo, ya en el siglo XIX algunos católicos se dieron cuenta de que en el nuevo orden político que se avecinaba, el pueblo católico, sectores populares como el campesinado, los artesanos, la pequeña burguesía e incluso sectores obreros, podían servir de base a una defensa de la Iglesia. Una vez derrotada la

alianza entre el trono y el altar, que no había sido tampoco tan armoniosa, surge el conflicto con una burguesía liberal secularizada o, en el caso alemán, frente a la hegemonía de un Estado y una burguesía protestantes que apoyaban el *kulturkampf* bismarkiano. Por ello hubo países (Suiza, Holanda, Bélgica, la Alemania imperial y en alguna medida incluso Austria) en los que los cristianos empezaron a participar activamente en los procesos políticos aceptando el proceso democrático. Surgieron sindicatos confesionales, en Holanda no sólo católicos, y sobre todo organizaciones sociales del campesinado, de los artesanos y de sectores de clase media. En el caso belga se dió la «unión de las oposiciones» de liberales y católicos en la misma creación del Estado frente al absolutismo protestante liberal holandés. El conflicto, pues, no era inevitable aunque el modelo jacobino secularizador (que sobre todo en el sur de Europa identificaba democracia y anticlericalismo) y en el caso italiano el conflicto de la unificación con el Vaticano, dejaron un legado de importantes consecuencias para el tema de la crisis de la democracia en el siglo XX.

Aunque la Iglesia siempre mantuviera una postura ambivalente ante el capitalismo asociado al liberalismo y frente a muchos valores burgueses, sería crítica del socialismo aunque no necesariamente del movimiento obrero. En países donde la masa obrera era católica y el empresariado protestante (como en Alemania) o liberal y secularizado, la Iglesia fue capaz de crear movimientos sindicales propios, mientras que en otros países (como Inglaterra y Australia) debido a las raíces cristianas del movimiento obrero y la presencia de gran número de trabajadores católicos irlandeses, los problemas no se plantearon del mismo modo. En tanto que los movimientos obreros y sus partidos se identificaran ideológicamente con el marxismo se produjo una quiebra profunda, que en bastantes países no se superaría hasta después de la II Guerra Mundial.

En una serie de países —sobre todo Bélgica, Holanda, Suiza, los territorios checos de Checoslovaquia y Alemania, casi hasta el final de la República de Weimar— el catolicismo político contribuyó a la estabilidad de la democracia. Es más, en Bélgica donde el rey representaba una radicalización de un sector de la juventud católica, el primado asumió un papel activo en la oposición a ese movimiento fascista y contribuyó a la consolidación de una coalición de fuerzas democráticas que aseguró la estabilidad gubernamental y la resistencia al fascismo. En Alemania, el Zentrum

Cuadro 4. La heterogeneidad étnica, lingüística y religiosa de los nuevos estados democráticos

Lengua	Checoslovaquia	Polonia	Lituania	Letonia	Estonia	Finlandia
Epónima	64,8	69,2	80,1	73,4	87,6	88,7
Alemana	23,6	3,9	4,1	3,8	1,7	0,1
Rusa	3,5	3,9	2,3	10,5	8,3	0,1
Ucraniana		14,3				
Judía	1,4	7,8	7,1	5,2	0,4	
Sueca					0,7	11,0
Otras	6,7	0,9		7,1	1,3	0,1
Religión						
Católica	76,3		80,5	26,6	0,2	
Protestante	7,3		9,6	58,0	79,1	98,3
Ortodoxa	0,5		2,5	13,9	19,0	1,6
Judía	2,6		7,3	5,2	0,4	0,1
Otras, sin	13,3		0,1	0,3	1,3	
	(1921)	(1921)	(1923)	(1925)	(1922)	(1920)

Datos de John Coakley, «Political Succession and Regime Change in New States in Interwar Europe: Ireland, Finland, Czechoslovakia and the Baltic Republics», *op. cit.*, y de Hugh Seton-Watson, *Eastern Europe between the Wars, 1918-1941*, Nueva York, Harper and Row, 1967.

apoyó a la democracia en las postrimerías del Imperio y durante la República de Weimar, reteniendo la lealtad del electorado católico, socialmente en gran parte similar al nazi, en la crisis de los años treinta e incluso en una alta proporción en las elecciones de marzo de 1933 con Hitler ya en el poder²⁸. El último gobierno democrático del Estado prusiano que comprendía gran parte de Alemania fue una coalición entre los socialdemócratas y el Centro Católico, que sólo fue desplazada del poder por el golpe de Estado de von Papen: una intervención «federal». No faltaron por supuesto ambivalencias frente a la República de Weimar entre sectores católicos, atraídos por la idea de domesticar (el *zähmungs-*

²⁸ Richard F. Hamilton, *Who voted for Hitler?*, Princeton, N.J., Princeton Univ. Press, 1982, pp. 371-373, 382-385, 485.

konzept) al nazismo cada vez más fuerte. Tampoco hay que olvidar que ante el *fait accompli* de Hitler en el poder, la Iglesia abandona al Centro Católico, y la responsabilidad del Centro Católico al votar la ley de plenos poderes, es en parte bajo presiones del Vaticano que quería asegurar el futuro de la Iglesia bajo los nazis. Esa parte de la historia tiene menos que ver con la crisis de la democracia y su quiebra, que con el problema de la consolidación de la dictadura.

El conflicto religioso, o más exactamente el conflicto entre las fuerzas políticas secularizadoras y anticlericales y la Iglesia, sobre todo su clericalismo, contribuyó decisivamente en el sur y oeste de Europa a la crisis, pero no a la quiebra de la democracia. El caso de España en 1936 es posiblemente una excepción. El de Italia es revelador: indudablemente la evolución de la Italia liberal hacia la democracia se vió entorpecida por la «cuestión romana», pero ya la ampliación del sufragio en 1913 coincidió con una incorporación de los católicos al sistema político. La aparición del Partito Popolare en la posguerra, que se benefició de esa ampliación, representa una nueva fuerza democrática. Sin embargo, la hostilidad de los viejos políticos liberales como Giolitti a los *popolari* y la tensión con los socialistas hace que en momentos cruciales sea difícil establecer coaliciones estables para frenar el avance fascista²⁹. La presencia de un catolicismo político moderno y democrático y hasta cierto punto progresista indirectamente contribuye al fraccionamiento político y la impotencia de las fuerzas democráticas frente a la ola fascista. Es significativo que en la Italia «blanca» la afiliación al fascismo fuera más baja que en otras partes del norte y centro del país³⁰. Ante la crisis de los *popolari* provocada por el Vaticano, que esperaba poder resolver la «cuestión romana» por un acuerdo con el fascismo, algunos sectores del partido optaron por la colaboración mientras que otros se decidieron por la oposición al nuevo régimen y el exilio. La Iglesia en este caso actuó como en muchas crisis de regímenes polí-

²⁹ Paolo Farneti, «Social Conflict, Parliamentary Fragmentation, Institutional Shift, and the Rise of Fascism. Italy», en J. J. Linz y A. Stepan (ed.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, op. cit., vol. 2, pp. 3-33.

³⁰ Sobre la relación inversa entre la presencia del catolicismo político y el fascismo, véase J. J. Linz, «Some Notes toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Perspective», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism. A Readers Guide*, op. cit., pp. 3-124, vid. 81-85.

ticos, incluyendo regímenes autoritarios o conservadores en crisis, buscando acomodo con el nuevo régimen. Al menos en la Europa de entreguerras, incluso donde existía un catolicismo político identificado con la democracia y compatible con ella, la Iglesia todavía no había llegado a abandonar su postura ambigua y oportunista de indiferencia ante las formas de gobierno.

Sólo en la República española el conflicto clericalismo-anticlericalismo se suma a los otros conflictos, sobre todo el social, que llevaron a la quiebra de la democracia. En el caso de Austria, donde el catolicismo político había contribuido a la creación de la nueva democracia después de la caída del Imperio, el conflicto religioso entre un partido socialista militantemente secularizador y un nacionalismo pangermano que desemboca en nazismo, paraliza en los años treinta las instituciones democráticas e induce al sector católico a optar por una solución autoritaria corporativista.

Uno de los grandes cambios ideológicos que ha legado la época nazi y el mismo fascismo en Europa y que ya nace en la resistencia es la identificación del catolicismo político con la democracia, que finalmente se consolida cuando la izquierda abandona su anticlericalismo militante y la Iglesia, a raíz del Vaticano II, su hostilidad al liberalismo, a la democracia e incluso al socialismo. Es éste un cambio profundo frente a la primera mitad del siglo que ha contribuido decisivamente a la estabilidad democrática en la Europa de posguerra.

REFORZAMIENTO DE LA DEMOCRACIA EN LA CRISIS EUROPEA EN LAS PEQUEÑAS DEMOCRACIAS

En las últimas dos décadas la atención de las ciencias sociales ha superado la tentación de centrar todo el análisis en los grandes países y rechaza el prejuicio, que todavía se refleja en la obra de Barrington Moore, de que la evolución de los países pequeños es puramente derivativa de lo que acontece en los grandes³¹. La experiencia

³¹ Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Democracy and Dictatorship*, Boston, Beacon, 1966 [*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, ED 62, 1973]. John D. Stephens, «Democratic Transition and Breakdown in Western Europe, 1870-1939: A Test of the Moore Thesis», *American Journal of Sociology*, marzo 1989, 94, 5, pp. 1019-1077; Jonathan M. Wiener, «Review of Reviews: The Social Origins of Dictatorship and Democracy», *History and Theory*, 15, 2, pp. 146-175.

histórica de los países nórdicos, de los del Benelux y la misma Suiza, se ha incorporado al análisis comparativo³². En todos estos países la democracia superó las amenazas que se cernían sobre ella en los años treinta; es más, en varios de ellos se iniciaron innovaciones políticas y económicas que aseguraron su estabilidad en la guerra mundial, incluso a pesar de la ocupación alemana, y su capacidad para enfrentarse con los problemas de la posguerra y la última crisis económica de los años setenta. Hoy muchos de estos países son un modelo de política democrática, del Estado de bienestar más desarrollado y de modernización económica y sus formas de organización político-económica han servido de ejemplo a otros países.

La investigación comparada, sobre todo de Ekkart Zimmermann, ha demostrado que varios de estos países sufrieron gravemente las consecuencias de la depresión mundial y que sus indicadores de crisis eran a veces tan altos o más que los de Alemania. Esta crisis continuó en algunos hasta la segunda mitad de los años treinta, pero a pesar del modelo vecino de la Alemania nazi de reducción del impacto de la depresión, no aparecieron movimientos fascistas importantes y en la medida en que aparecieron quedaron aislados políticamente o perdieron relativamente pronto su atractivo electoral³³. Es necesario por tanto centrar nuestra atención en su experiencia para entender mejor el porqué del fracaso de la Europa central y del Este y para poner en duda generalizaciones teóricas sobre la relación entre la crisis del capitalismo y el ascenso al poder de las dictaduras basadas en la experiencia alemana. Es importante subrayar frente a otra teoría que parece imponerse, que el éxito de las políticas económicas y sociales ante la crisis en varios de estos países fue muy relativo y relativamente tardío. Convendría pues prestar aun más atención a las respuestas políticas de los par-

³² Peter Katzenstein, *Small States in World Markets. Industrial Policy in Europe*, Ithaca, N.Y., Cornell Univ. Press, 1985 [Los pequeños estados en los mercados mundiales, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987].

³³ Ulf Lindström, *Fascism in Scandinavia 1920-1940*, Estocolmo, Almqvist & Wiksell Int't, 1985; Hans Daalder, «The Netherlands. Opposition in a Segmented Society», en Robert Dahl (ed.), *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven, Yale Univ. Press, 1966, pp. 188-236; John Fitzmaurice, *The Politics of Belgium. Crisis and Compromise in a Plural Society*, Nueva York, St. Martins, 1983; Val Lorwin, «Belgium: Religion, Class and Language in National Politics», en Robert Dahl (ed.), *Political Oppositions... op. cit.*, pp. 147-187.

tidos y liderazgos democráticos que aseguraron la estabilidad democrática.

Las pequeñas democracias a las que nos hemos referido fueron neutrales en la gran conflagración, con excepción de Bélgica, que fue invadida en la I Guerra Mundial por los alemanes, y de Finlandia, que al ser parte del Imperio zarista sufrió las consecuencias de la Revolución Rusa unida a su derrota. Todas ellas, salvo Finlandia y Suiza, son monarquías parlamentarias. Sus economías estaban más íntimamente ligadas al mercado mundial y dependían más de mercados exteriores que las de los países más grandes, aunque éste era también el caso de las tres repúblicas bálticas donde la democracia quebró en los años treinta.

Antes de entrar en el análisis de los procesos políticos en los que creemos encontrar la explicación de la estabilidad democrática, hay que subrayar que en varios de estos países la transición a la democracia no se había realizado sin considerables conflictos y tensiones. Concretamente en Finlandia la plena independencia coincidió con una sangrienta guerra civil que al parecer costó más vidas en proporción a la población que la nuestra. En Noruega, el movi-

Cuadro 5. Paro en distintos países europeos en los años treinta

	1931	1932	1933	1934	1935	1936
Alemania	23,3	30,1	26,3	14,9	11,6	8,3
Austria	15,4	21,7	26,0	25,5	24,1	24,1
Noruega	22,3	30,8	33,4	30,7	25,3	18,8
Dinamarca	17,9	31,7	28,8	22,1	19,7	19,3
Suecia	17,8	22,8	23,7	18,9	16,1	13,6
Holanda	14,8	25,3	26,7	28,0	31,7	32,7
Bélgica	14,5	23,5	20,4	23,4	22,9	16,8
Francia	6,5	15,4	16,1	13,8	14,5	10,4
Reino Unido	16,4	17,0	15,4	12,9	12,0	10,2
USA	15,9	23,6	24,9	21,7	20,1	16,9

Datos recopilados por Ekkart Zimmermann y Thomas Saalfeld, «Economic and Political Reactions to the World Economic Crisis in the 1930's in Six European Countries», *International Studies Quarterly*, 1988, págs. 1-29, y Ekkart Zimmermann, «Unemployment in the 1930's: Neo-Mercantilism, Markets and Politics, towards a Comparative Analysis». Trabajo inédito.

miento obrero experimentó en los años veinte una radicalización afiliándose entre 1919 y 1923 a la Tercera Internacional. En Bélgica la tensión entre flamencos y valones contribuía a la inestabilidad política. Y en varios países el fascismo obtuvo considerable apoyo electoral, aunque nunca comparable al que consiguieron los nazis en Alemania.

Los análisis sociológico-políticos del éxito de estas pequeñas democracias, al no ser del todo comparativos, en nuestra opinión no subrayan lo suficiente la legitimidad del Estado y del régimen democrático como contexto para las soluciones políticas concretas de la crisis. Salvo en el caso de Bélgica y en el de Suiza, con una historia muy especial, estos países eran Estados nación. Los países nórdicos no tenían minorías étnicas, lingüísticas y religiosas importantes, con la excepción de los sueco-parlantes en Finlandia y una pequeña minoría alemana en Dinamarca. Finlandia, por una serie de circunstancias históricas, encontró fórmulas para integrar a la minoría de menos de un 10% de la población de habla sueca, que era mayoría en algunos distritos y en las islas Aland, reconociendo la igualdad en el uso del idioma, lo que redujo apreciablemente el posible conflicto³⁴. Salvo en Finlandia, donde existía un sentimiento irredentista a favor de la incorporación de Karelia bajo la dominación soviética, los otros países no tenían irredenta, aunque en Suecia hubiera sido posible un irredentismo contra Finlandia. La minoría lapona en los tres países nórdicos no estaba activada políticamente y no representaba un problema. En Holanda, donde cabía la posibilidad de apelar al sentimiento de una gran Holanda que incluyera al Flandes de habla holandesa, las fuerzas políticas importantes nunca plantearon esa aspiración, aunque sí la plantearan algunos movimientos fascistas belgas.

Esta legitimidad básica del Estado nación contrasta con la inseguridad de las fronteras nacionales, la presencia de minorías irredentistas dentro del país y al otro lado de la frontera en el este de

³⁴ P.K. Härmäläinen, *The Nationality Struggle between the Finns and the Swedish Speaking Minority in Finland*, Bloomington, Indiana, Indiana Univ. Press, 1966; Lauri Karvonen, *From White to Blue and Black. Finnish Fascism in the Inter-War Era*, Helsinki: Societas Scientiarum Fennica, 1988; y «From Conflict to Compromise. Finnish Democracy 1919-1939», trabajo presentado en la reunión *Crisis Compromise, Collapse: Conditions for Democracy in Inter-War Europe*, Université de Nanterre-Paris, abril 7-13, 1989.

Europa y en los Balcanes, lleva a importantes sectores en todas estas sociedades a poner en duda la legitimidad del Estado que no realiza el ideal del Estado nación, dominante en la Europa post-Wilsoniana.

Por razones que todavía no están bien estudiadas, la institución monárquica, excepto en Finlandia, gozaba entonces y aun hoy día, de una legitimidad simbólica importante. Y aunque alguno de los monarcas, sobre todo en Bélgica, tuviera cierta veleidad con soluciones más autoritarias, la institución monárquica fue un elemento de estabilidad política.

No era este el caso de otra pequeña democracia, Grecia, donde el conflicto monarquía-república era central a la vida política en la primera mitad del siglo. O el de Yugoslavia, donde la monarquía serbia no tenía la misma legitimidad para las minorías nacionales, sobre todo la croata. No hay que olvidar que los países balcánicos, a la par que conseguían su independencia en el siglo XIX, habían instaurado dinastías importadas del centro y norte de Europa, aunque también en Suecia los Bernadotte habían llegado al poder a principios de siglo, y en Noruega la dinastía se había instaurado a principios de este siglo. En Finlandia las circunstancias internacionales frustraron la instauración de la monarquía, por lo que los conservadores optaron por una presidencia fuerte que ocupara el lugar de un monarca.

El papel de la institución monárquica en estas democracias plantea una incógnita a la que se puede responder: ¿Cuál hubiera sido la historia de una Alemania democrática con una monarquía parlamentaria establecida en 1918 con una de las dinastías de los Estados del sur alemanes con tradición democrática, o al menos liberal? Ciertamente el ejército y gran parte de la burocracia se habrían identificado mucho más con una democracia coronada que con la República de Weimar, y la división entre la derecha burguesa y la aristocrática, entre el DVP (Partido Popular Alemán) y el DNVP (Partido Nacional Popular Alemán), no hubiera sido tan grande.

La legitimidad del Estado, el Estado nación y la institución monárquica indudablemente crearon un contexto en el cual las instituciones parlamentarias y democráticas estaban amparadas por elementos tradicionales, que en el centro y el este de Europa y la península Ibérica no llegaron a aceptar plenamente la república identificada con la democracia. Recordemos que en España en los años treinta nuestros políticos hablaban de defensa de la República

más que de defensa de la democracia, y que la alianza con las fuerzas monárquicas o la ambivalencia ante la fórmula monárquica frente a la republicana de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), que reforzaba la ley electoral, contribuyeron a la falta de integración en la democracia de sectores de centro derecha y a su marginación entre 1933 y 1935.

El contraste con Alemania y Austria en las dimensiones que acabamos de mencionar es claro. En Alemania, la plena democratización se realiza en el contexto de la derrota militar, de la caída del Imperio y de las monarquías de la confederación, algunas de las cuales tenían considerable apoyo popular, y la idea de una restauración no acaba de desaparecer; la democracia coincide también con la pérdida de territorios fronterizos y conflictos con los vecinos que fomentan la formación de grupos paramilitares de defensa en esas fronteras; y finalmente, el Tratado de Versalles impone al país unas limitaciones en su soberanía militar nunca plenamente aceptadas ni siquiera por las fuerzas democráticas, y su revisión seguía siendo un tema central en la agenda política de la República.

El caso de Austria es todavía más patente. Todos los partidos, aunque con distinto entusiasmo sobre todo en el curso del tiempo y dada la evolución política de Alemania, habían mantenido el principio incluido en la misma constitución, vetado por los aliados vencedores, de la unión con Alemania. Para muchos, Austria era un Estado contra su voluntad, y el pangermanismo, que desembocaría en el apoyo a los nazis, nunca aceptó la plena legitimidad del Estado austriaco. La nación alemana también tenía unos irredentistas en sus fronteras con Polonia y Checoslovaquia, con los Sudetes alemanes, cuyo partido nazificado obtenía en 1935 el 15,2% del voto total de la República y el 66% de los votos de la minoría alemana. El nacionalismo germánico exacerbado fue uno de los obstáculos más graves para la legitimidad de las nuevas democracias entre sectores importantes de la población, y sobre todo para ganar la plena lealtad de ciertas élites.

La crisis alemana y austriaca, y más tarde la checa, no se pueden explicar sin referencia al Tratado de Versalles, como la de los países del este de Europa y los Balcanes no se puede explicar sin referencia a los otros tratados de paz después de la I Guerra Mundial. La estabilidad de la democracia requiere un consenso básico sobre la legitimidad del Estado como comunidad en la cual se toman las decisiones democráticamente. Un consenso en que el gobierno del

Estado representa a la nación. Es este un tema que terminó con la especulación de la posibilidad de dos Alemanias democráticas.

Es más difícil argüir que las instituciones democráticas, la forma parlamentaria como marco en el cual se debían resolver los conflictos en la sociedad, la confianza en los procesos electorales como el único método para legitimar el poder, también se había logrado en estos países sin caer en un argumento circular que es referirse a la debilidad de los partidos antidemocráticos en las elecciones de los años treinta.

Hoy tendríamos datos de encuestas sobre la cultura política de estos pequeños países para apoyar la tesis de que las instituciones habían adquirido antes de la gran crisis suficiente legitimidad. Con la excepción de Finlandia, en los años veinte los partidos comunistas obtuvieron un mínimo de votos en estos países. Y con esa excepción no intentaron golpes revolucionarios. En Dinamarca, el máximo de votos que tuvieron fue de un 2,4% en 1939, en Noruega, un 4% en 1927, en Suecia, un 8,3% en 1932 y en Finlandia un 13,5% en 1929, antes de que el partido fuera proscrito. En Alemania en cambio el partido comunista y los socialistas independientes llegaban a un 20% en 1920, y en 1922 mantienen un 17%. La guerra mundial sin duda contribuyó a la división del movimiento obrero socialista en los países que participaron en ella como no lo hizo en los países neutrales, lo que explica también la fuerza de la socialdemocracia. En Dinamarca este partido tenía el 41,8% de los votos en 1929. En Noruega el 36,8% en 1927, en Suecia el 37% en 1928, y en Finlandia un 37,4% en 1929³³. La otra fuerza antidemocrática, el fascismo, en las tres democracias más estables del norte de Europa, Dinamarca, Suecia y Noruega, no supera el 2,2% que alcanza en Noruega en 1933, aunque en Finlandia llegue al 8,3% en 1936. Ni en estos países ni en los del Benelux las dos grandes opciones antidemocráticas amenazan en ningún momento a la mayoría de los partidos democráticos, aunque esto por sí solo no era garantía de que esos partidos pudieran cooperar para enfrentarse con la gran crisis.

³³ Stefano Bartolini, «The European Left since World War I. Size, Composition and Patterns of Electoral Development», y «The Membership of mass Parties. The Social Democratic Experience 1889-1978», en Hans Daaslder y Peter Mair (eds.), *Western European Party Systems. Continuity and Change*, Londres, Sage Publications, 1983, capítulos 6 y 7, pp. 139-220.

En Alemania, en 1930 todavía los partidos democráticos —excluyendo los regionalistas y los de intereses particularistas— no habían perdido la mayoría. En 1928 tenían el 49% de los votos y en 1930 el 43%. La derecha con inclinaciones autoritarias (DNVP, DVP, NSDAP —Partido Obrero Nacional Socialista Alemán—, y el Landbund) sumaban ya en 1928 un 26% y los comunistas un 11%. Podemos, pues, decir que antes de la gran crisis las fuerzas políticas antidemocráticas que ponían en duda la legitimidad de la república democrática de Weimar, tenían una fuerza electoral superior a la que grupos comparables pudieran tener en plena crisis económica en las pequeñas democracias. Esto nos hace pensar que el énfasis dominante en la crisis de eficacia frente a la depresión como causa principal de la quiebra de la democracia en Alemania, no es suficiente. Por supuesto, se puede argüir, y así lo hago en mi análisis, que el fracaso de las fuerzas antidemocráticas en los años treinta en estos países se debe al éxito de las respuestas políticas de los partidos democráticos. Ese éxito también se debe a que con anterioridad a la crisis los partidos democráticos contaban con un apoyo mucho mayor del que tenían en Alemania.

Nuestro modelo, que destaca la importancia de la legitimidad como la base para la capacidad de superar una crisis de eficacia y para que una crisis de eficacia prolongada y grave no tenga el mismo impacto sobre las instituciones y su legitimidad, encuentra apoyo en estos datos. El análisis confirmaría que la legitimidad democrática es una condición más importante en una situación de crisis que la eficacia de los gobiernos democráticos. Aserto que encuentra apoyo contemporáneo en los datos de encuestas de opinión en la España democrática después de 1977; el electorado ha permanecido fiel a la legitimidad democrática, reconociendo y reflejando en sus opiniones los fallos de eficacia frente a la crisis económica y el terrorismo.

En el mundo contemporáneo no existe un modelo «legítimo» alternativo a la democracia como en los años veinte y treinta. Es esa la gran diferencia que no permite que fuerzas desleales a la democracia exploten la falta de eficacia de los gobiernos. La derrota del fascismo, el recuerdo lejano de formas autoritarias monárquicas, la crisis del pensamiento corporativista antidemocrático y, finalmente, la crisis del comunismo, han eliminado del horizonte de las democracias actuales una fórmula de legitimidad política alternativa a la democrática.

La experiencia de las pequeñas democracias, que como hemos subrayado parten de un capital de legitimidad del Estado, probablemente de las instituciones parlamentarias democráticas, demuestra también que la capacidad política del liderazgo de los partidos democráticos fue capaz de superar la amenaza de una crisis de eficacia y de sostener y reforzar la legitimidad de las instituciones democráticas. Es en este contexto donde el modelo de la quiebra de las democracias que he presentado en otro lugar con más detalle, se ve indirectamente confirmado. En un contexto de débil legitimidad de las instituciones, el liderazgo de los partidos no fue capaz de articular un consenso político que defendiera la democracia aunque ésta se mostrara incapaz de resolver los problemas creados por la depresión. Ante la competencia de fuerzas desleales (en la izquierda la alternativa comunista y a la derecha la fascista) en lugar de conseguir como en las pequeñas democracias una superación de los antagonismos de intereses, de tradiciones y de ideologías de los partidos democráticos, la falta de colaboración en la esperanza de absorber o integrar los votos o el apoyo de las fuerzas antidemocráticas llevó a la polarización por una parte, y por otra a la debilidad del centro democrático. Es la crisis de legitimidad la que agudiza la crisis de eficacia política, e indirectamente y en último término la ineficacia en la solución de los problemas agudiza aún más la crisis de legitimidad del régimen democrático. En este contexto merece especial atención el caso de Finlandia, que era el menos propicio a las soluciones democráticas y donde existió un cierto peligro de una solución autoritaria, pero donde, a semejanza de otros países nórdicos, fue posible una respuesta política.

LAS COALICIONES «ROJO-VERDES» Y LA CONSOLIDACION DE LAS DEMOCRACIAS NORDICAS

El modelo nórdico de respuesta a la crisis fue lo que se ha llamado la coalición rojo-verde. Los partidos social demócratas representando al movimiento obrero llegan a acuerdos con los partidos verdes, es decir los partidos agrarios íntimamente ligados a las asociaciones económicas de campesinos, para gobernar en coalición con concesiones mutuas y beneficios para ambas partes. Ese acuerdo rojo-verde sirve de base para gobiernos estables y políticas innovadoras que obtienen el apoyo del electorado y reducen cual-

quier atractivo que pudieran tener las fuerzas políticas antidemocráticas. Se trata de una fórmula política nueva que los líderes tienen que vender a sus electorados antes³⁶ de que pueda reflejarse en resultados tangibles. Karvonen y Lindström han subrayado este hecho y su estudio incluye abundantes citas de cómo los líderes defendieron esta solución como respuesta no tanto a la crisis económica como a los peligros políticos.

Es debatible en qué medida los procesos son comparables en todos sus detalles y en qué medida existe una difusión de una innovación que se articula por primera vez en Dinamarca, prácticamente al mismo tiempo que Hitler asciende a la cancillería del Reich en 1933, y que en Finlandia se concreta definitivamente en 1937 lo que se ha llamado el acuerdo de *punamulta*. El acuerdo con el sector agrario es particularmente importante si recordamos cómo en los últimos años de la República de Weimar habían surgido en las zonas campesinas del norte y del oeste, sobre todo en las protestantes, partidos agrarios, al encontrarse el campesinado en una situación en crisis y con sus intereses mal defendidos por los conservadores, demasiado ligados a los intereses de los grandes terratenientes del Este. Partidos cuya desintegración en 1928 dió una inesperada victoria electoral a los nazis en el campo. La incapacidad del socialismo alemán de penetrar el mundo rural (en gran parte por la rígida identificación con las tesis marxistas a pesar de la crítica reformista de Eduard David ya a fin de siglo) y la tardía revisión de su programa agrario en 1929, así como la defensa a ultranza de los trabajadores urbanos consumidores frente a políticas que podrían beneficiar a los agricultores, hace especialmente interesante el análisis comparativo de la coalición rojo-verde. Analicemos sin entrar en demasiados detalles en qué consistió esta convergencia en un consenso político y en la formación de gobiernos de coalición, y las condiciones políticas, sociales y económicas que la hicieron posible.

El acuerdo consistió fundamentalmente en que el movimiento obrero y los socialdemócratas obtuvieran apoyo para programas de empleo. En algunos países, aunque no en todos, beneficios de segu-

³⁶ Lauri Karvonen y Ulf Lindström, «Red-Green Crisis Agreements. The Great Depression in Scandinavia in Comparative Perspective». Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Ciencia Política, Washington, 1988.

ridad social y el seguro de paro a cambio de ceder a distintas medidas, como a la devaluación de la moneda en Dinamarca, aumento de impuestos en Noruega, mayor gasto de defensa en Finlandia. El sector agrario por su parte, obtenía políticas monetarias, reducción de impuestos, subsidios a los agricultores, protección arancelaria, precios garantizados, créditos a la exportación, prolongación a los contratos laborales. Las medidas concretas variaban de país a país.

Esos acuerdos son posibles porque los participantes constituyen una mayoría absoluta del electorado. Pero lo que es más importante es que los partidos que concurren a ellos no están en competencia electoral. Indudablemente, al entrar en esos acuerdos, sobre todo en 1933, tanto rojos como verdes corrían el riesgo de perder parte de su apoyo electoral al abandonar sus posiciones ideológicas y la tradicional oposición mutua. Sin embargo, el liderazgo fue capaz de vender la idea.

Es importante subrayar que la consolidación de la democracia en los años treinta en los países nórdicos va acompañada de una alta participación electoral (salvo en Finlandia) y un aumento de la misma en Noruega (de un 68% en 1927 a un 84% en 1936) y en Suecia (de un 67,4% en 1928 a un 74,5% en 1936). Es un dato especialmente significativo teniendo en cuenta que en Alemania también se produjo una mayor movilización del electorado, pero en beneficio de las fuerzas antidemocráticas.

Es significativo que la afirmación de la democracia, la capacidad de los partidos democráticos para cooperar, el reflujo electoral de los partidos antisistema, llevó después de la Gran Depresión a una mayor estabilidad de los gobiernos. La duración media de éstos entre el fin de la primera guerra y la depresión, y entre ésta y la segunda guerra fue, respectivamente, en Finlandia de 294 y 592 días, en Suecia de 461 y 694, en Dinamarca de 533 y 4.750, y en Noruega de 441 y 469.

El problema que se plantea es por qué los partidos democráticos en las pequeñas democracias fueron capaces de seguir la política de consenso y de concesiones mutuas que hemos descrito. La respuesta no es fácil y no la podemos desarrollar aquí en todos sus detalles y con referencia a cada país, ni podemos entrar en un debate de las distintas explicaciones que se han dado.

Resulta paradójico, pero al mismo tiempo lógico si se piensa bien, que el éxito nazi, el éxito de la reconstrucción económica lograda por Hitler, contribuyera indirectamente en las pequeñas de-

Cuadro 6. Estabilidad de los gobiernos en los sistemas parlamentarios europeos entre la primera y la segunda guerras mundiales antes y después de la Gran Depresión

ANTES DE LA DEPRESIÓN

País	Fechas comprendidas	Duración media (días)
Portugal	16 mayo 1918-28 mayo 1926 30 gobiernos, 19 primeros ministros	117
Yugoslavia	Diciembre 1918-Enero 1929 24 gobiernos, 7 primeros ministros	154
España	21 marzo 1918-13 septiembre 1923 12 gobiernos, 7 primeros ministros	166
Alemania	9 noviembre 1918-27 marzo 1930 18 gobiernos, 9 primeros ministros	210
Francia	16 noviembre 1917-3 noviembre 1929 18 gobiernos, 8 primeros ministros	239
Italia	30 octubre 1917-30 octubre 1922 7 gobiernos, 5 primeros ministros	260
Austria	30 octubre 1918-30 septiembre 1930 16 gobiernos, 6 primeros ministros	267
Finlandia	17 abril 1919-4 julio 1930 14 gobiernos, 12 primeros ministros	294
Estonia	25 enero 1921-2 julio 1929 10 gobiernos, 7 primeros ministros	306
Checoslovaquia	14 septiembre 1918-7 diciembre 1929 12 gobiernos, 7 primeros ministros	340
Irlanda	Enero 1919-Marzo 1932 10 gobiernos, 5 primeros ministros	368
Bélgica	31 mayo 1918-6 junio 1931 11 gobiernos, 7 primeros ministros	432
Noruega	31 enero 1913-12 mayo 1931 9 gobiernos, 8 primeros ministros	441
Suecia	19 octubre, 1917-7 junio 1930 10 gobiernos, 8 primeros ministros	461
Dinamarca	30 marzo 1920-30 abril 1929 6 gobiernos, 5 primeros ministros	533
Reino Unido	10 enero 1919-5 noviembre 1931 7 gobiernos, 4 primeros ministros	668
Holanda	9 septiembre 1918-10 agosto 1929 4 gobiernos, 3 primeros ministros	996

Cuadro 6 (Cont.) . Estabilidad de los gobiernos en los sistemas parlamentarios europeos entre la primera y la segunda guerras mundiales antes y después de la Gran Depresión

DESPUES DE LA DEPRESION

País	Fechas comprendidas	Duración media (días)
Portugal	—	—
Yugoslavia	—	—
España	14 abril 1931-18 julio 1936 19 gobiernos, 8 primeros ministros	101
Alemania	30 marzo 1930-30 enero 1933 4 gobiernos, 3 primeros ministros	258
Francia	3 noviembre 1929-16 junio 1940 22 gobiernos, 13 primeros ministros	165
Italia	—	—
Austria	30 septiembre 1930-20 mayo 1932 4 gobiernos, 4 primeros ministros	149
Finlandia	4 julio 1930-27 marzo 1940 6 gobiernos, 6 primeros ministros	592
Estonia	9 julio 1929-17 octubre 1933 6 gobiernos, 5 primeros ministros	260
Checoslovaquia	7 diciembre 1929-5 octubre 1938 6 gobiernos, 4 primeros ministros	537
Irlanda	Marzo 1932-Junio 1938 3 gobiernos, 1 primer ministro	750
Bélgica	6 junio 1931-22 febrero 1939 11 gobiernos, 11 primeros ministros	285
Noruega	12 mayo 1931-25 junio 1945 4 gobiernos, 4 primeros ministros	469
Suecia	7 junio 1930-13 diciembre 1939 5 gobiernos, 5 primeros ministros	694
Dinamarca	30 abril 1929-4 mayo 1942 1 gobierno, 1 primer ministro	4.750
Reino Unido	5 noviembre 1931-28 mayo 1940 3 gobiernos, 3 primeros ministros	1.035
Holanda	10 agosto 1929-9 agosto 1939 5 gobiernos, 2 primeros ministros	730

Nota. El número de días no es totalmente exacto, ya que no es siempre posible determinar la fecha exacta en que un gobierno cae y otro se forma. Otra medida de inestabilidad podría ser el número de días requerido para formar un nuevo gobierno.

mocracias que rodeaban a Alemania a la unión de las fuerzas democráticas, a la integración en varios de estos países de la socialdemocracia en el consenso nacional e incluso a su recuperación económica. Al mismo tiempo hacía menos atractivos los partidos de inspiración nazi en cada uno de esos países. En otros el efecto fue contrario, como en el caso de Austria, con su dudosa identidad nacional; en Checoslovaquia, donde la presencia de la minoría alemana y la falta de entendimiento entre eslovacos y checos se exacerbó con la presencia alemana, en los países bálticos y balcánicos, donde los conflictos de nacionalidades ofrecían una oportunidad para la influencia alemana; y en el caso de Yugoslavia de la italiana sobre el extremismo croata. El caso francés es particularmente complejo por la ambivalencia de los políticos sobre qué hacer ante el peligro alemán, prepararse para la guerra o buscar un entendimiento.

Esping-Andersen ha resumido muy bien la experiencia de muchas de estas pequeñas democracias³⁷. El clima ideológicamente polarizado de los años treinta impuso a los socialdemócratas la moderación política, sustituyendo ideológicamente la democracia por el socialismo y el pueblo por la clase trabajadora. Esta no fue la opción de otros países como Austria, donde bajo la influencia de Otto Bauer se reafirmó el austromarxismo que veía a la democracia como un paso en la transición al socialismo, al menos en el plano ideológico, y España, donde la experiencia fascista y el autoritarismo católico austriaco llevaron a Largo Caballero y los intelectuales que le rodeaban a optar por una posición maximalista y una retórica revolucionaria que les impidió entrar en el gobierno con la izquierda burguesa en 1936, a diferencia de los socialistas franceses liderados por Leon Blum³⁸. La misma crisis ideológica europea producía conclusiones políticas distintas, que en un caso contribuyeron a la consolidación y estabilidad democrática y en otros a intensificar la crisis. El ascenso al poder de Hitler implicaba una amenaza exterior a las pequeñas democracias vecinas. En otros

³⁷ G. Esping-Andersen, *Politics against Markets: The Social Democratic Road to Power*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1985. Peter Gourevitch, *Politics in Hard Times. Comparative Responses in International Economic Crises*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1986.

³⁸ Martin Alexander y Helen Graham, *The French and the Spanish Popular Fronts*, Cambridge University Press, 1989.

países más alejados geográficamente era más fácil analizar su éxito en términos marxistas de lucha de clases y como inspiración para una solución autoritaria.

ALGUNAS PRECISIONES CONCEPTUALES

Es importante para nuestro tema distinguir entre crisis y quiebra de las democracias. Casi todas las democracias europeas experimentan situaciones críticas tanto en lo político como en lo social y lo económico, pero la mayoría de esas crisis no llevan a la caída de los regímenes democráticos. Es más, algunas de las democracias salen reforzadas de las crisis que en un momento dado las amenazaban. Pensemos a modo de ejemplo en el *Kapp putsch* o los fracasados intentos de revolución comunista en la República de Weimar, en la crisis de febrero de 1934 en Francia, cuando las ligas de extrema derecha amenazaron al Parlamento, en la huelga general en Inglaterra en los años veinte y la ruptura de McDonald con el partido laborista, en los intentos de revolución anarquista en el valle del Llobregat o la *sanjurjada* que dió a la coalición republicana socialista un nuevo ímpetu para realizar el programa de reforma agraria. Es difícil estimar en qué medida esas crisis superadas dejaron sin embargo una huella en la conciencia política, unos problemas sin resolver, una articulación de nuevas fuerzas antidemocráticas, o representaron una oportunidad para la consolidación de la democracia.

Ciertamente, la interpretación de esos acontecimientos a corto plazo muchas veces parecía positiva, por ejemplo la solución que Giolitti dió a la crisis de Fiume y la ocupación de las fábricas en Turín. Sin embargo, el posterior desarrollo de los acontecimientos demostró que esas victorias habían sido en parte pírricas y más tarde otros procesos permitieron explotar la memoria colectiva de esos acontecimientos. Un tema todavía por investigar es el legado de revoluciones fracasadas o derrotadas y su efecto en los regímenes democráticos y en el éxito o en el fracaso de la solución de la crisis subsiguiente. Pensemos en la fracasada revolución de Asturias y la política española en el año 1935. Fue ese un año de relativa tranquilidad y aparente reequilibramiento de la democracia, y siempre quedará la incógnita de si una política más inteligente y generosa por parte de la CEDA frente a Azaña, y los mismos revolucionarios

(sobre todo los anarcosindicalistas que tenían una responsabilidad limitada en los acontecimientos de octubre), si la implantación de la reforma agraria por Giménez Fernández y una declaración y aceptación de la República de la CEDA no hubieran podido estabilizar la situación política. Indudablemente, la crisis interna del partido radical y del liderazgo de Lerroux y la falta de decisión de pasar a un sistema de representación proporcional con la falsa esperanza de conseguir la mayoría absoluta para reformar la constitución, se sumaron a esos otros errores y llevaron al resultado de las elecciones de febrero de 1936 y a la radicalización de la izquierda y la derecha en aquel año³⁹. Queda mucho por investigar sobre los éxitos y errores en la resolución de las crisis en las democracias de entreguerras. Como hemos señalado en otro lugar, la forma en que los políticos finlandeses se enfrentaron con el peligro que representaba el movimiento Lapua y el intento de golpe de Mantsälä demuestra cómo era posible un proceso de reequilibración después de una crisis.

Es por tanto importante distinguir las crisis de las quiebras, caídas, derrumbamientos o como queramos llamarlo, y de la transferencia del poder a fuerzas antidemocráticas, como el nombramiento de Hitler como canciller o la transformación antidemocrática del poder de líderes democráticos enfrentados con situaciones difíciles como sucedió en los países bálticos, especialmente en Estonia y Letonia. Tampoco es fácil deslindar el problema de la quiebra de regímenes democráticos establecidos y más o menos consolidados de las interrupciones de procesos de democratización en marcha. El golpe de Primo de Rivera en 1923 estrictamente hablando no derrocó un régimen democrático sino un régimen liberal y constitucional que estaba potencialmente en vías de democratización, mientras que el alzamiento del 18 de julio implicó la muerte de una democracia nacida en 1931. La destrucción de algunas democracias es un hecho mucho más dramático y complejo que la crisis de un proceso de democratización que se ve interrumpido o frustrado, situación más característica de algunos países balcánicos que de los del centro de Europa.

³⁹ No me refiero en este trabajo a la crisis y destrucción de la democracia en España en 1936 ya que he tratado el tema en «From great hopes to civil war: the breakdown of democracy in Spain», en J.J. Linz y Alfred Stepan, ed. *The Breakdown of Democratic Regimes*, op. cit., vol. II, Europa, capítulo 5, pp. 142-215.

La quiebra de procesos de democratización, a diferencia de la quiebra de democracias, es probable que sea menos violenta y menos represiva (salvo para minorías étnicas) que cuando las fuerzas políticas antidemocráticas tienen que vencer y reprimir organizaciones políticas democráticas y destruir instituciones democráticas que han conseguido un cierto control de la sociedad. En el primer caso es todavía viable el golpe militar, el golpe de Estado real o el apoyo de fuerzas políticas semileales al proceso de democratización y un gobierno de estado de emergencia que no implica la total destrucción sino la manipulación y perversión de las instituciones democráticas. La destrucción de una democracia consolidada implica un cambio de régimen que en muchos casos exige la transformación más o menos total de la sociedad y por lo tanto una ambición totalitaria, y en el caso de la Alemania nazi el establecimiento de uno de los regímenes totalitarios más típicos. En estas situaciones la oposición a la democracia tiene que tener una base social mucho más amplia, más movilizadora, y el simple golpe militar no puede tener éxito ni consolidarse en el poder. Es en este contexto en el que surgen los regímenes de partido único no creado desde el poder sino surgido de la sociedad, del cual fue modelo primero el partido comunista de la Unión Soviética bajo el liderazgo de Lenin, después el fascismo y finalmente el nazismo. Tanto en el caso del comunismo como en el del fascismo se trata de movimientos de masas que representan un sector importante de la sociedad, movilizadores contra un sistema democrático que ha perdido para ellos la legitimidad y en nombre de un modelo político alternativo: el establecimiento de un régimen que aunque tenga características reaccionarias también tiene una componente democrática de participación movilizadora, así como componentes igualitarios aunque profundamente antiliberales.

Aunque el proceso de la desintegración de la democracia, que he estudiado con mayor detalle en mi libro, los mecanismos por los que el liderazgo democrático pierde el poder y la forma en que ese vacío lo llena una transmisión del poder tienen mucho de común en unos y otros casos, las consecuencias son finalmente muy distintas. En ese contexto la quiebra de la democracia española en 1936 para algunos sectores de la sociedad conservadores y reaccionarios y para el ejército sublevado, podía aparecer como una repetición de 1923, pero en cuestión casi diríamos de horas o de días ese modelo tradicional demostró ser inviable y los militares tuvieron que recurrir a la movilización civil.

Dada la profundidad de la crisis de la sociedad, esa movilización trajo consigo la recepción del modelo totalitario, tan ajeno a los que iniciaron el alzamiento. En el caso español, la democracia entre 1931 y 1936 había movilizó políticamente a las masas trabajadoras y a amplios sectores de la burguesía progresista; para unos representaba la oportunidad para un cambio social profundo y para otros una democracia militante y excluyente que hacía imposible el modelo de *machtübernahme* que había funcionado en Italia y en Alemania.

Para entender nuestra guerra civil es necesario recordar que esta quiebra de la democracia es la última que tiene lugar antes de la II Guerra Mundial y que por ello las fuerzas democráticas y socialistas estaban mucho más preparadas para resistir que en los otros países europeos. Es más, la experiencia europea contribuyó a un clima de «guerra preventiva» de la que fue una manifestación la revolución de Asturias y la simpatía con la que un sector de la burguesía de izquierdas vió la oposición a la entrada en el gobierno de la CEDA. En ese momento hubo quizá un elemento de error en la percepción al identificar a la CEDA con el fascismo aunque los equívocos de Gil Robles y sus huestes, sobre todo la JAP (Juventudes de Acción Popular)⁴⁰, contribuyeron a ello así como también la experiencia más reciente de Austria. Por otro lado, la democratización por así decirlo de la derecha en España al estar liderada por un partido como la CEDA, era todavía entre 1933 y 1935 fundamentalmente electoral, y que no se dieran algunas de las condiciones que pudieran generar el tipo de *squadrista* y de *wehrverbünde* que apoyaban militarmente un modelo de acción política fascista, hacía que los sectores conservadores pensaran que todavía servía el viejo modelo del golpe militar. El éxito del fascismo en Europa en la destrucción de las democracias italiana, alemana y en parte la austriaca con las *heimwehren* había alterado profundamente la percepción que de la situación tenía la izquierda, crecientemente desilusionada de un modelo socialdemócrata e inclinada hacia uno revolucionario sin que por parte de la derecha hubiera una movilización auténticamente fascista.

⁴⁰ José Ramón Montero Gibert, «La fascistización de la derecha española en la Segunda República: el caso de la CEDA», en *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, Centro de Estudios Constitucionales, 1987, vol. II, pp. 559-643.

El que España no participara en la I Guerra Mundial y la falta por tanto de militarización de la sociedad civil burguesa, así como la ausencia de experiencia de defensa paramilitar de una frontera a cargo de guardias blancos como en el caso de los países del este de Europa, crea un cierto desequilibrio en el proceso de movilización para la violencia de la derecha que se suple con el apoyo de un sector del ejército. Quizá en esas diferencias y en lo tardío de la quiebra de la democracia española encontremos la raíz de nuestra guerra civil. Quizá sea menos el resultado de tradiciones políticas específicamente españolas, salvo el carlismo, que de la coyuntura histórica de una sociedad en crisis en la que ya existían modelos que habían tenido éxito como alternativa a la democracia. Una vez rota la amplia coalición a favor del sistema democrático entre fuerzas políticas incluyendo el movimiento obrero, se llegó a la confrontación militar y no a la toma del poder por mecanismos políticos. En la quiebra de la democracia española un sector significativo de la sociedad lucha por la democracia mientras que otro la considera superada por la necesidad de la revolución social. Es la única quiebra que lleva a un enfrentamiento militar entre los leales al sistema democrático constitucional y la alternativa antidemocrática⁴¹. Prácticamente, los leales al modelo democrático tienen que aliarse con fuerzas revolucionarias como el anarquismo, con un socialismo bolchevizado y un partido comunista que en esa coyuntura histórica esperan realizar otros ideales que la pura defensa de la democracia. Esa es la tragedia de Azaña, de los líderes del Partido Nacionalista Vasco y de sectores del catalanismo burgués, así como de la respuesta ambivalente de las democracias occidentales ante nuestra guerra civil. Hay líderes que sobre todo ven el conflicto de clases revolucionario y se declaran neutrales o incluso aceptan la rebelión de la derecha, mientras otros apoyan al gobierno de la República en su lucha contra el fascismo aunque tengan reservas sobre la componente revolucionaria. Al mismo tiempo, las fuerzas revolucionarias del mundo ven la guerra con la ilusión de que sea una auténtica revolución. Las grandes ambigüedades de nuestra guerra civil en ambos ban-

⁴¹ La guerra civil en España frente a otras formas de destrucción de la democracia ha sido tratada con gran perceptividad por Edward Malefakis.

dos son resultado de ese hecho básico, de que es la última de las grandes quiebras de la democracia en Europa.

A todo esto hay que sumar que España es en parte un Estado multinacional como no lo eran Italia, Alemania y Austria y que por lo tanto al conflicto social, al conflicto entre democracia y fascismo entendido como entonces se usaba el término, se sumaba el conflicto entre un nacionalismo españolista exacerbado y el emergente modelo de un Estado de nacionalidades. Hoy tendemos a olvidar que los franquistas durante la guerra constantemente usaban el término «rojo separatista» para designar a sus enemigos. En la medida en que éste era un factor en la movilización de la derecha antidemocrática, la quiebra de la democracia española se inserta en el contexto de una Europa en la que las crisis se derivaban de un exacerbado nacionalismo que hoy en la mayor parte de Europa occidental es difícil de entender.

El estudio de las crisis y las quiebras de la democracia quizá debiera incluir un análisis más cronológico, porque a medida que la polarización en torno a la democracia y a otros problemas adquiere mayor intensidad, la ruptura con la democracia es cada vez más una ruptura con el Estado de derecho liberal no democrático del siglo XIX. Esto explica que las quiebras de la democracia en muchos países en los años veinte no destruyeran esas tradiciones liberales del Estado de derecho. El autoritarismo del conde Bethlen en Hungría y la persistencia de elementos del Estado de derecho hasta que los nazis, apoyando a los fascistas húngaros, desplazan al almirante Horthy, es un ejemplo de esa continuidad, como muestra Andrew Janos. El que el régimen autoritario húngaro fuera el resultado de una contrarrevolución frente al régimen de Bela Kun hace aun más significativa esa continuidad con los valores heredados del siglo XIX.

Afortunadamente, también en los años treinta, a pesar de la profundidad de la crisis económica, los elementos conservadores de muchas sociedades con régimen democrático a la vista del sistema nazi y a pesar de todos sus éxitos económicos, se dieron cuenta que no servía para defender el sistema económico y social porque también amenazaba profundamente esos valores liberales. El estudio de la crisis europea de entreguerras en una perspectiva no estática en el curso del tiempo, contribuye a entender la diferente dinámica de la quiebra en las primeras y en las últimas décadas de ese periodo.

CRISIS Y QUIEBRA DE LA DEMOCRACIA, FASCISMO Y TOTALITARISMO

Es importante que distingamos claramente estos tres temas, interconexos pero que también exigen estudio separado. Las explicaciones causales que demos a cada uno de esos fenómenos o procesos no pueden ser las mismas. Son analíticamente distintas.

El análisis de la quiebra de los regímenes en proceso de democratización o democráticos más o menos consolidados y el de las condiciones que llevan a la aparición de los movimientos fascistas, se solapan pero no son idénticos. Las condiciones históricas que llevan a una crisis de la democracia podían contribuir a que surgieran movimientos fascistas más o menos importantes, pero para explicar su aparición y sobre todo su éxito para atraer un apoyo popular mayor o menor y su acceso al poder, es necesario introducir en el análisis otras variables. La explicación de la crisis de las democracias no es suficiente para explicar el fenómeno fascista, aunque contribuye a ello. Por otra parte, tampoco el relativo éxito o fracaso de los movimientos fascistas es suficiente para explicar la crisis y la quiebra de las democracias. Hay países en los que el movimiento fascista tiene un liderazgo capaz y los grupúsculos fascistas son significativos pero el movimiento fracasa, como es el caso en Francia y más dramáticamente en España con Falange Española y de las JONS. Entre los líderes del fascismo europeo, José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos destacan por la calidad de su articulación intelectual de la ideología fascista y, sin embargo, en el contexto europeo FE y de las JONS es uno de los partidos fascistas con menor éxito electoral y de afiliación antes del 18 de julio. Desde ese punto de vista, el fascismo es más importante en Bélgica, Holanda, Suiza e incluso Noruega. Ciertamente, el fascismo contribuye a la crisis de la república democrática española pero no es ni mucho menos un factor decisivo. La democracia experimenta una profunda crisis en varios países del este de Europa sin la presencia de movimientos fascistas. Aun más significativo es el caso de Grecia, donde a pesar de que existieran condiciones que en un modelo teórico harían esperar un movimiento fascista importante, éste carece de presencia y vitalidad. Portugal es quizá el caso más claro de una crisis casi constante y endémica de un intento de consolidar una democracia después de establecida una república, donde el movimiento fascista aparece tarde y débil y

es desplazado totalmente por otras versiones del autoritarismo antidemocrático. En otros trabajos he tratado de analizar más a fondo las condiciones históricas que llevaron a la aparición y al relativo éxito o fracaso de los movimientos fascistas en la Europa de entre-guerras y en este ensayo no volveré sobre el tema ya que excede los límites que se me han impuesto⁴².

No entraré en otro tema que todavía exige mucho análisis: en qué medida el fascismo tenía que llevar al totalitarismo y por qué la ambición totalitaria de algunos fascismos, como el italiano, se vió frenada o frustrada y la de otros condenada al fracaso, salvo en el caso de que el Eje hubiera ganado la guerra.

CONCLUSION

Desde la perspectiva de 1990 es posible ver la crisis europea en el periodo de entre guerras como un paréntesis histórico en el que se interrumpió un proceso de transformación política y social iniciado en el siglo XIX. Es el paso de la monarquía absoluta a la monarquía constitucional y al Estado de derecho, después a la monarquía parlamentaria aunque no democrática y, finalmente, a las monarquías constitucionales parlamentarias y democráticas; en algunos países por razones muy especiales, como en Suiza y Francia, a las repúblicas democráticas. Esa evolución posible en el sur de Europa y en los Balcanes se vió interrumpida por la tragedia de la I Guerra Mundial, que en un principio aceleró el proceso de democratización pero que también sembró la base para la revolución leninista y después el fascismo, y para los conflictos entre las nacionalidades que llevaron a un periodo de regresión del proceso evolutivo hacia la democracia. Esa visión optimista de un paréntesis en un proceso continuo hacia el Estado de derecho y la democracia, compartida por algunos de los antifascistas italianos que veían en el fascismo un gran paréntesis histórico, es probablemente insuficiente. La tragedia de la crisis europea fue mucho más profunda y paradójicamente ha sido también más positiva.

Henry Turner, en su brillante ensayo sobre lo que hubiera podido ser la historia europea sin Hitler, nos ha dado una visión de

⁴² Véase nota 15.

lo que hubiera sido la evolución de Alemania con una solución autoritaria en 1930, que hubiera evitado la guerra mundial y el holocausto pero que nos hubiera legado una Alemania mucho menos democrática que la actual. En otro lugar he especulado sobre la paradoja del legado positivo de esos años terribles⁴³. La experiencia fascista y sobre todo la nazi ha hecho mucho más viable y estable la democracia en el occidente europeo. Ha deslegitimado muchas formas de conducta política, tanto de la derecha como de sectores de la izquierda marxista, que contribuyeron a los desastres de la primera mitad del siglo. En la posguerra ha surgido un clima de convivencia política muy distinto del que existía no ya después de la I Guerra Mundial, sino a fin de siglo. La enorme desorganización social provocada por la guerra también ha sido un factor decisivo en la destrucción de la sociedad estamental, de ciertas formas de interacción entre las clases sociales que eran un obstáculo a la plena democratización política y en cierta medida social de la Europa actual. Incluso en España, el franquismo, con todo lo negativo que implica, ha destruido muchas de las formas de vida del clasismo burgués y aristocrático español. De la misma forma, en Alemania, la represión nazi del atentado del 20 de julio de 1944 y la misma experiencia nazi en el partido contribuyeron a destruir los elementos antimodernos, antidemocráticos de los *junker* y estamentales de la sociedad alemana, como han destacado Dahrendorf y otros autores⁴⁴. La guerra desgraciadamente ha sido un agente de democratización, como el fascismo lo ha sido de una nueva valoración de la libertad, de respeto a los derechos humanos, de la tolerancia, de la convivencia y del consenso. No es un azar que la sociedad española con tantos elementos conflictivos en su pasado estuviera tan dispuesta a abrazar el consenso de la transición.

El siglo se inicia con pocas democracias, con muchos países en vías de democratización y con estructuras imperiales de difícil democratización. En 1918 se produce una rápida transición a la democracia en los países de tradición liberal y constitucional, junto con el nacimiento de numerosas democracias de las cuales pocas so-

⁴³ J. J. Linz, «The Legacy of Fascism», trabajo presentado en un simposio sobre el tema en la Universidad de Bergen, Noruega, de próxima publicación.

⁴⁴ Ralph Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, Munich, R. Piper, 1965, pp. 431-448.

N breviden en los años treinta. Al filo de la II Guerra Mundial muchos europeos, incluyendo figuras de la vida intelectual que todos respetamos, se sintieron atraídos por los dos grandes modelos antidemocráticos del siglo: el soviético y, aunque hoy muchos quieran olvidarlo, el fascista⁴⁵. En 1945 este último perdió su vigencia histórica, especialmente debido a la monstruosidad nazi. Hoy, en el umbral de los noventa, el modelo comunista leninista también está en crisis. La posguerra permitió la consolidación de la democracia en el centro de Europa, de la misma forma que su crisis en los años treinta había facilitado su plena consolidación en los países del norte. Pero también trajo consigo la imposición de los regímenes comunistas en gran parte del este de Europa y en los Balcanes. Con todo, el número de democracias era mayor que en 1914 y el de democracias consolidadas mayor que en los años veinte. La democracia se había consolidado sobre todo en Italia y Alemania. Los años setenta representan el final de los regímenes autoritarios en el sur de Europa que habían quedado obsoletos en el contexto histórico de la nueva Europa occidental.

Sería prematuro especular sobre el futuro de la democracia en el este de Europa, que parece asegurada en algunos países pero aún muy dudosa en otros. Queda por supuesto la inmensa incógnita de la transformación de la Unión Soviética, donde cabe la democratización pero también un autoritarismo posttotalitario junto a la desintegración del último imperio multinacional, con secuelas que quizá tengan elementos de analogía con la desintegración del Imperio austro-húngaro. Esa desintegración puede llevar al nacimiento de una serie de nuevos países democráticos en una unión de repúblicas democráticas de tipo auténticamente federal, pero también a conflictos de nacionalidades difícilmente compatibles con la democracia.

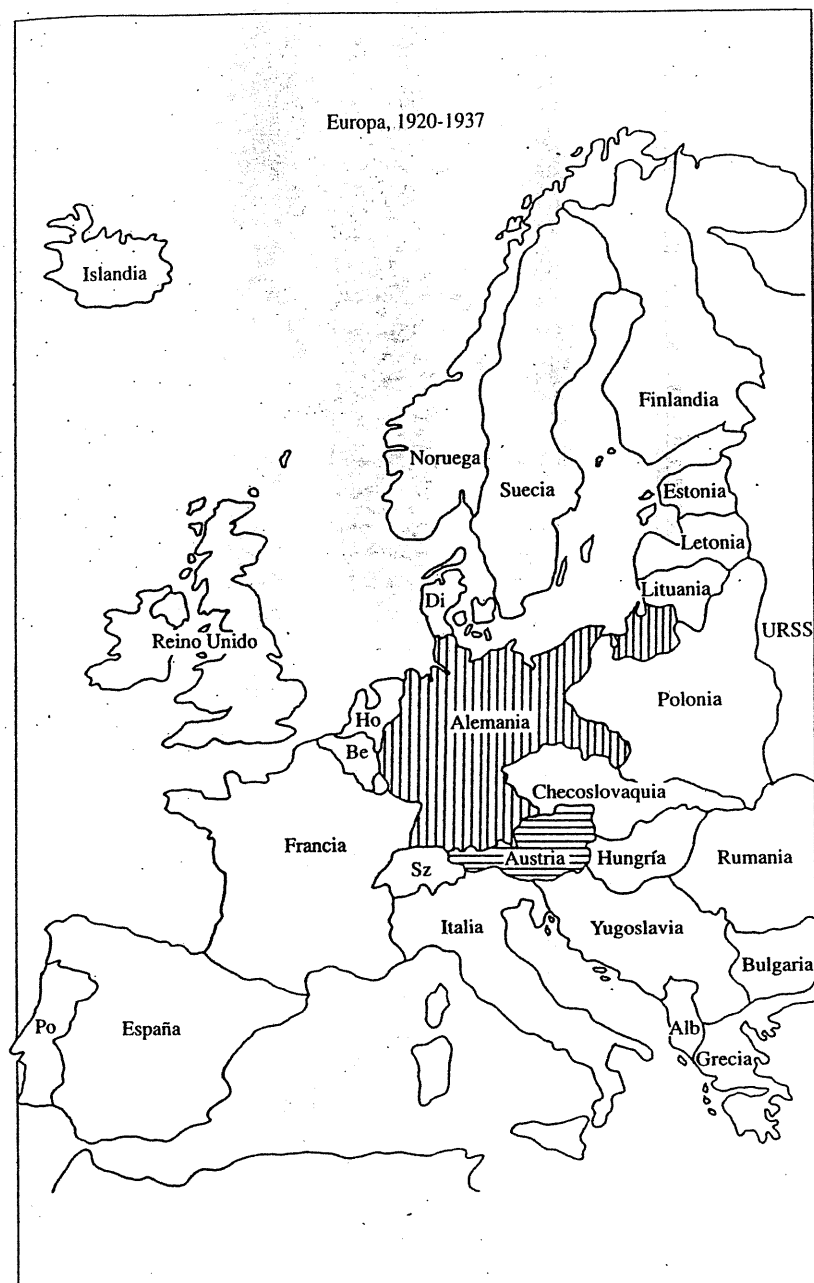
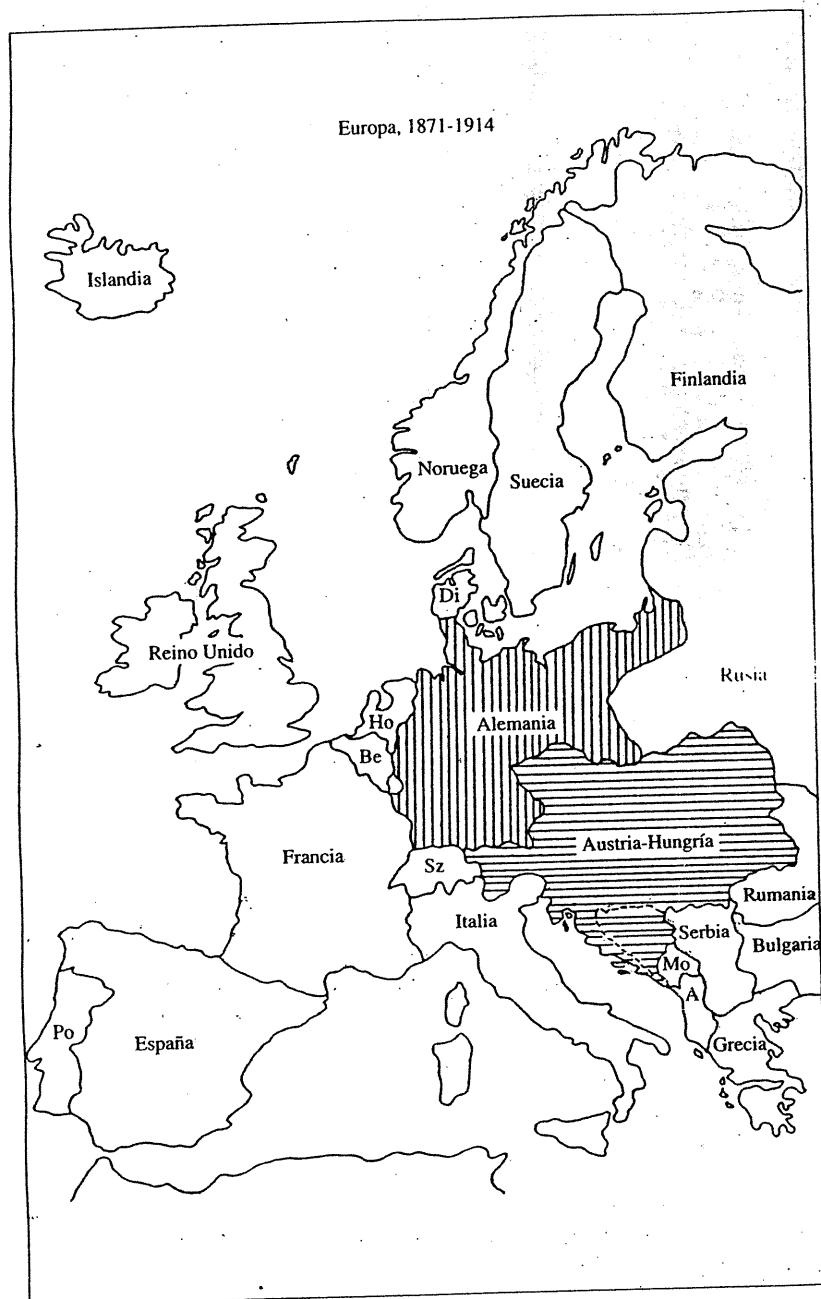
La crisis europea de la primera mitad del siglo todavía ofrece numerosas lecciones para los demócratas, lecciones que siguen vivas por el recuerdo del fascismo y por la presencia de los autoritarismos y totalitarismos comunistas en el Este. Pero nos podemos

⁴⁵ Alastair Hamilton, *The Appeal of Fascism*, op. cit.

El contexto intelectual y político italiano en que nació el fascismo ha sido estudiado en detalle por Emilio Gentile, *Il mito dello Stato Nuovo. Dall' Antigiolittismo al Fascismo*, Bari, Laterza, 1982, y *Le origini dell'Ideologia Fascista (1918-1925)*, Bari, Laterza, 1975.

preguntar si no serán olvidadas en unas democracias sin un contra-modelo que sirva para legitimar una realidad que no siempre es perfecta. Es por tanto necesario que leamos la historia de la gran crisis de la sociedad europea en la primera mitad de siglo y de las dificultades para crear regímenes democráticos consolidados, para poder apreciar el valor de la democracia política independiente de sus logros sociales y económicos. Hoy podemos valorar mejor que en 1918 la política de consenso, incluyendo el consenso en estar en desacuerdo y resolver los conflictos dejando al ciudadano medio inculto o con conciencia falsa, a fin de cuentas hombre o mujer libre, decidir quién ha de gobernar por un tiempo limitado frente a cualquier élite o vanguardia que sepa lo que es el bien común y el futuro de la sociedad.

Lo que todavía no sabemos es si todos los europeos han aprendido la otra lección de la crisis de los años veinte y treinta: el coste de los nacionalismos que impiden el funcionamiento de la democracia en sociedades multinacionales y la convivencia entre países democráticos y pacíficos. Las grandes y medias potencias europeas occidentales la aprendieron. ¿Aprenderán igual los países del este de Europa? Es otra incógnita. El estudio de la crisis europea desde la perspectiva del conflicto económico, social y de clases no contribuye a valorar lo suficiente los obstáculos que el nacionalismo exacerbado presentó en la evolución hacia la democracia. Es este un aspecto en el que debemos incidir más al incluir en nuestra perspectiva histórica de la crisis europea la de los países del Este, los Balcanes y la misma Rusia.



EUROPA 1920-1937

